

8-XI.66



# LA VERDAD CATÓLICA.

**REVISTA**

RELIGIOSA, CIENTIFICA, LITERARIA E HISTORICA.



Con la aprobacion y licencia de la autoridad eclesiástica.



SEVILLA:—1866.

Imprenta de Manuel P. Salvador y Comp.  
Colon y Batehojas, 12.

LA VERDAD CATOLICA

REVISTA

RELIGIOSA, CIENTIFICA, LITERARIA E HISTORICA

Con la aprobacion y licencia de la autoridad eclesiastica



Imprenta de Manuel P. Salvador y Comp.  
Colon y Batallas, 12.

Núm. 5.º

8 de Noviembre.

Año 1.º

**LA**

# **VERDAD CATÓLICA.**

**REVISTA**

**religiosa, científica, literaria é histórica**

**POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,**

**BAJO LA DIRECCION DEL**

**SR. D. NICOLAS DE LORA Y RIVAS, PRO.**

**CAPELLAN REAL DE LA DE SAN FERNANDO.**

**Con la aprobacion y licencia de la autoridad Eclesiástica.**

**SEVILLA.—1866.**

**Imprenta de Manuel P. Salvador y Compañía.  
Colon y Batehojas, 12.**

AÑO 1.º

8 de Noviembre.

N.º 5.

# VERDAD CATÓLICA.

## REVISTA

de ciencias, literaria e histórica

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS.

DADO A LA DIRECCION DEL

SR. D. NICOLAS DE LORA Y RIVAS, PRO.

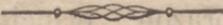
CAPELLAN REAL DE LA DE SAN FERNANDO.

Que se reproduce y inserta de la autoridad Eclesiástica.

SEVILLA - 1858

Imprenta de Manuel P. Sánchez y Compañía.  
Calle de San Mateo, 12.

## DIOS.



Uno de los mayores delirios de la razon humana es querer hacer controvertibles los principios mas inconcusos y hasta los instintos y sentimientos constantes de la humanidad, resistiéndolos con una petulancia escandalosa; pidiendo razon de todo lo que vé, conoce y siente, para llevar al terreno de la duda ó de la negacion lo que está tan claro como el sol y tan probado como su existencia. Era lo mas natural y mas lógico que cuando la razon resiste á una de estas verdades indisputables, adujera las pruebas de su resistencia en el mismo órden, y de igual fuerza al menos, á las que el alma siente para su afirmacion; señalando un principio contra otro principio, un sentimiento contra otro sentimiento, un instinto contra otro instinto; y de aquí surgiría la contradiccion en la misma naturaleza y en el criterio comun y universal. Pero

no es así, sino que altiya por la rebelion desesperada de la filosofía racionalista, aquella se ha colocado en un trono dictatorial imperando sobre la naturaleza y sobre sí misma, negando con osadía lo que probar no puede, y pidiendo con orgullo la razon de sus sentimientos á la misma naturaleza: así sucede con la idea, el sentimiento y el instinto de la existencia de Dios.

Dios, la verdad por esencia, principio del *Ser*, de *la verdad y de la vida*, causa primera que aclama la naturaleza, que siente la humanidad y que instintivamente venera el corazon: principio inseparable del ser y de la existencia por el que todo vive y se mueve en este océano agitado de seres limitados y contingentes: verdad única en que descansa la inteligencia, porque de ella parten todos los principios que forman la atmósfera del mundo racional, y á ella convergen todas sus miradas para encontrar un punto fijo de partida en los esfuerzos de su limitada capacidad, á fin de llegar á conocer la perfeccion, la eternidad y demás atributos de Dios; y poder deducir de ellos, por la inmensidad el espacio, por la eternidad el tiempo, por su omnipotencia la fuerza: esta verdad, esta causa, este Ser necesario que abarca la inmensidad donde habita, cuya voluntad es la accion, bajo cuyo trono rueda la esfera del tiempo sin adelantarse una línea á su inmutabilidad; contra este Ser, principio de todos los seres, idea ingénita y sentimiento comun de la humanidad, ha procurado la razon en los delirios de su orgullo inventar tres sistemas filosóficos para destruir la idea de Dios y abrir esa sima vergonzosa y horrible del ateismo.

Encargados de estas tareas doctrinales y espositivas del dogma católico, siempre habremos de lamen-

tar la apostasía de la razon y de la ciencia á los principios luminosos de la fé; pero al hablar de Dios la apostasía es inconcebible porque la razon se niega á si misma, la ciencia sus principios, el corazon sus sentimientos, y con una audacia sin tipo y sin ejemplo el hombre se rebela contra sus convicciones y sus instintos; resultando, para descrédito de la filosofía y gloria de la religion, que el atrevido desvarío del ateísmo no pasa de ser un absurdo práctico; porque el ateo especulativo es un fenómeno tan imposible como inexplicable.

Con esta desigualdad, tan ventajosa para la filosofía cristiana, vamos á refutar ligeramente estos tres sistemas, que pretenden acabar ó desfigurar al menos la idea de Dios. Tales son las extravagancias del dualismo, los absurdos del panteísmo y la imposibilidad del ateísmo: de esta manera el dogma de la existencia de Dios aparecerá con esa fuerza y brillantez con que está esculpido en la misma naturaleza, y el hombre lo venerará como el sentimiento mas indeleble y consolador de su corazon.

Todos los errores groseros y extravagantes que tuvieron su origen en el mundo pagano van señalando las huellas de su ignorancia, hija á no dudarlo, de la relajacion y olvido de las primitivas tradiciones, de la doctrina segura de Moisés y los Profetas, clara y sencilla para consignar el dogma y asentir á la revelacion; pero la razon filosófica, siempre ansiosa de soberanía, queriendo desembarazarse de las trabas que le presentaban las creencias generales, acerca de la Creacion y la narracion luminosa del Génesis, avanza sola para destruir el Misterio, y al encontrarse con la nada, desconociendo la *eternidad* y la *omnipotencia*,

deduce la imposibilidad objetiva y dice: *ex nihilo nihil fit*, de la nada nada se hace; y prefiere consentir en una materia increada y preexistente, que comparte con Dios los derechos de la Creacion, materia eterna como Dios; absoluta como Dios, materia-Dios, y por consiguiente dos dioses, el dios Dios y el dios materia: tal es el sistema de Pitágoras, en el cual pueden incluirse los errores de los maniqueos, platónicos y aristotélicos y la doctrina de los filósofos del Egipto y de la China, de la India y de la Persia. Este error, origen de tantos absurdos, tuvo que buscar recursos para acomodarse sin gran violencia, lo mismo á los principios politeistas que á las tradiciones venerandas de la humanidad; y con este fin señaló á cada principio creador un atributo distinto, levantando dos soberbios pedestales para colocar sus dos dioses, siendo uno el principio del bien, y el otro del mal.

A poco que meditemos, se verá que en este sistema toda religion es inútil; el culto es un absurdo, la esperanza un delirio, y el temor una puerilidad; y á no convenir en un *tratado* espreso y coeterno á los principios creadores, que deslindára la participacion de cada uno sobre los hechos de la humanidad, resultará siempre la confusion y la necesidad para obrar cada cual segun su naturaleza y su destino, y de aquí el fatalismo. Pero cuando vemos á cada paso hombres de una conducta intachable que, en el arrebatado de una pasion desordenada, han sido capaces de cometer el crimen, ¿podrán decirme los maniqueos, por cuál de los dos principios fué criada esta alma? Porque si la creó el dios bueno, segun lo testifica su conducta anterior, el crimen de este hombre ha tenido su origen del principio del bien; y si la creó el malo, el

bien puede proceder del principio del mal. ¡Cuánto desvario!

Combatidos todos estos errores y pulverizados por los célebres apologistas del Cristianismo, el dogma de la existencia de Dios y el de la Creacion quedaron inalterables por mucho tiempo en la conciencia pública; desapareciendo los sistemas del dualismo y el panteísmo primitivo, hasta que principian á resucitarse todos los delirios de la filosofía pagana y á invadir con su natural audacia los respetables santuarios de la literatura y de las artes, de las costumbres y de la religion misma por el cisma perturbador de Lutero y sus secuaces; y brotando de nuevo aquellos troncos secos del paganismo, vástagos de la misma semilla sembrada por Platon, Pitágoras, Zenon y Epicuro, aparecen en el teatro de la vida esos espectros fatídicos que salidos de sus sepulcros, volvian á continuar su obra de disolucion y de escándalo. Entre ellos aparece el célebre judío portugués Benito Espinosa, á quien la filosofía incrédula saluda con risueño semblante, á quien Alemania brinda con una dictadura en el orden de la inteligencia, y las escuelas volteriana y materialista reciben con nutridos aplausos como base de ilustracion progresiva, estableciendo el panteísmo como el pensamiento generador de todos los adelantos de la civilizacion actual. Detengámonos un momento á estudiar este ateísmo disfrazado, como le llaman muchos grandes talentos, para poder deducir de nuestras meditaciones la idea de Dios, la de la materia y sus mútuas relaciones, y hacer resaltar el ridículo de esa aberracion atea de la filosofía, y presentar en toda su pureza el dogma indisputable de la divinidad.

Dicen los panteístas: no hay mas que un solo Dios, Omnipotente, Criador, sustancia infinita de la cual ha

formado el universo, de modo que todos los seres son mas que modificaciones de la sustancia divina. Dios es la materializacion de la divinidad, y el mundo la deificacion de la materia; su obra es la necesidad, su relacion íntima constituye el absoluto; y como Dios es la perfeccion en su esencia, de aquí el adelanto progresivo é indefinido de la razon y la naturaleza caminando siempre á la perfeccion.

Analícemos esta definicion para ver el tejido de contradicciones monstruosas que en sí encierra. Huyendo del dualismo, dice el panteísta, no hay mas que un solo Dios, y seguidamente admite tantas divinidades como seres; primera contradiccion. El panteísta confiesa un Criador, rechazando por consiguiente la eternidad de la materia, y al mismo tiempo concede á la materia todos los atributos de la divinidad, y por lo tanto, eterna é infinita como Dios: segunda contradiccion. Todos los seres, dice, son modificaciones de la sustancia divina; la modificacion segun el Diccionario de la lengua, es la innovacion ó alteracion de alguna cosa material ó moral; resulta, pues, que si Dios ha sido modificado en los seres, los atributos de este Dios, que segun toda la teología forman su ser, han sido innovados, alterados, y por consecuencia ya no es Dios; tercera contradiccion. Finalmente, Dios es la perfeccion por esencia, dice el panteísta, y de aquí el progreso de la naturaleza; y yo añado, y el retroceso en la idea de Dios: porque si Dios progresa á la perfeccion empezó imperfecto; si se ilustra empezó ignorante; si se ordena empezó monstruoso; y si adelanta en sabiduría empezó como un bruto. Este Dios estendido por toda la naturaleza ha tenido precision á pasar por todas las formas del ser, desde la abyeccion y el desprecio hasta la deificacion; consecuencias preci-

sas que, reasumidas por un célebre teólogo, ponen en relieve su monstruosidad, diciendo: «El género humano empezó por el estado bruto, el feticismo fué su primer desarrollo, su primer culto; y las religiones que le han sucedido no son mas que el desarrollo progresivo y necesario de un ser inteligente; y á los cultos pasados deben suceder cultos nuevos; y esto indefinidamente hasta la idea y la adoracion simple del absoluto.» Hagamos ahora las deduciones ligeras, aunque precisas, de esta monstruosa doctrina.

Para los panteistas las palabras pecado y virtud no tienen ni sentido, ni aplicacion á la humanidad, porque los defectos de esta no son mas que la falta de perfeccion que progresivamente irá disminuyendo por la sucesion y continuidad del progreso mismo; para ellos no hay verdad ni error, sino solo verdades incompletas que irán perfeccionándose por el movimiento necesario del progreso intelectual; y el orden sobrenatural, la revelacion, las profecías, los milagros, y todo lo que testifica la existencia de un Dios le pertenece al hombre, sin conceder otra revelacion que el desarrollo progresivo del entendimiento humano, negando á Moisés, Isaías y al mismo Jesucristo otra inspiracion que la que tuvieron Sócrates, Platon y Zoroastro, y calificando la multiplicacion de los panes y los peces, como la resurreccion de Lázaro, ó de ensueños despreciables del fanatismo religioso, y cubiletes del cristianismo para afirmar sus rancias preocupaciones, ó una irradiacion del mismo poder del infinito que se presenta con mayor desarrollo por la combinacion de causas desconocidas.

A la vista de tantos absurdos monstruosos y disolventes de toda idea religiosa, social y política, no

nos creemos en el deber de refutar, uno por uno, sus infinitos desvaríos. El panteísmo, como todas las sectas impías, ha tenido tantos cambios y variaciones, como modificaciones, según ellos, tuvo la sustancia de Dios para desparramarse por la materia; así que solo nos consideramos con derecho á lamentar tantas aberraciones de esa razon, que se llama ilustrada, arrancando la máscara hipócrita de ciertos hombres tenidos por eruditos que, henchidos del escepticismo de la filosofía alemana, buscan solo la celebridad que les tributan los incautos y los corrompidos que forman el proselitismo que los envanece.

Contra errores de tanta magnitud y trascendencia habla la Religion; y su preciso lenguaje nos traza de una pincelada los testimonios razonados de nuestra fe ortodoxa, probando la existencia de Dios, su unidad, eternidad y demás atributos.

La primera palabra del primer libro sagrado que nos revela esta verdad primordial del cristianismo dice: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra.* Aquí vemos ya establecida la existencia de un Dios, y refutados los tres errores que suponen á la materia eterna, negando la existencia y unidad de un Ser, que de su libre y espontánea voluntad dió vida á todos los seres. Tenemos el dogma de la creacion partiendo de un principio de fé racional, que señala al Criador existiendo necesariamente en sí mismo, y que no podia empezar á ser en el caos; y á la criatura empezando su ser en el tiempo. Esta obra admirable necesitaba una mano omnipotente que realizára los deseos de su voluntad, y así lo esplica el escritor sagrado diciendo: *Y dijo Dios: hágase la luz, y la luz fué hecha. Habló Dios, dice Isaías, y todo fué hecho; llamó á los seres del vacío de la nada*

y se presentaron obedientes á su voluntad. La razón, todavía confundida con el peso de este misterio, concibe la aparición primera de los seres como un conjunto desordenado que entra en el espacio por la ciega impetuosidad de una obediencia necesaria, poblando con desórden y confusión al universo; pero seguidamente se ilustra, descubriendo á la sabiduría infinita que habia presidido á la Creación y que la aprueba, diciendo: *todo está bueno*. No se limita la mano creadora á dar el ser y la existencia á seres inanimados, sino que crea tambien seres activos, á quienes reparte el movimiento, la vida y la fecundidad para perpetuar el misterio de la reproducción en la naturaleza, diciendo: *creced y multiplicaos*. Finalmente, Moisés nos describe la obra maestra de la sabiduría increada con la creación del hombre; consigna los derechos de su grandeza y de su gloria, y recuerda aquella ley primitiva que establece la familia, la sociedad y la religion. *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza y que presida como superior y jefe á toda la naturaleza*. Ha concluido la Creación, santificando el Señor el dia sétimo, donde empieza la religion y el culto.

Despues de rasgos tan luminosos creemos imposible detenernos á esponer la idea de Dios de una manera mas clara y precisa. Es Criador, y como á tal le pertenece la eternidad, la inmensidad, el poder, la sabiduría y todos los atributos esenciales de Dios, como todas las perfecciones que llamamos metafísicas. Este Criador existía en sí mismo sin necesitar de los seres para su intrínseca felicidad, y esto supone la libertad con que obra y la bondad con que reparte los dones de su diestra al hombre, formado á su imágen y semejanza. Su justicia, consecuencia precisa y natural de su

bondad, dicta el precepto que armoniza la soberanía y la dependencia, estableciendo el órden natural entre los seres libres, como habia establecido el órden fisico en toda la naturaleza: y esta armonía, que siempre repele al mal é instiga al bien, demuestra su santidad. El hombre, en fin, en la primera alborada de su vida abusa de su libertad, quebranta el precepto y se rebela contra el Criador; pero éste, aunque le castiga, porque es Justo, hace al mismo tiempo brillar su misericordia, cuando en el mismo anatema que fulmina á su desobediencia, le ofrece ya un Redentor.

Veneremos, pues, esta Providencia que afirma nuestra fé confirmando ese sentimiento universal por el que claman todos los seres, diciendo: HAY DIOS.

NICOLÁS DE LORA, PRO.

## FILANTROPIA.

Una de las causas mas influyentes en el progreso de los errores de nuestra época, es la imprudente libertad con que la fraseología moderna sanciona el uso de ciertas palabras, recomendándolas á la esquisita cultura de una sociedad superficial; y que debiendo ser analizadas convenientemente antes de penetrar las fronteras de nuestro pensamiento, han sido admitidas en el lenguaje comun, como esos géneros introducidos furtivamente sin pagar el debido tributo en las Aduanas. Por esta razon la palabra *progreso* ha herido con el rayo de la fascinacion las cabezas de una juventud inquieta, que enflaquecida por un exceso de actividad material, reproduce en todas partes el delirio de la indefinida perfectibilidad en esta época de decadencia y degradacion moral. Se aspira al *progreso* en un sentido absoluto; y como quiera que la admision de esta idea tiende á imprimir

variacion y movimiento hasta en lo que es esencialmente inmutable, como son los principios religiosos, estamos en el caso de definirlo.

La palabra *progreso*, tomada en su sentido gramatical, significa cambio de lugar, marchar hácia adelante. Aplicada, pues, esta palabra ó las verdades reveladas, carece de sentido, á no ser que estas fuesen movibles y mudables. Pero la verdad implica por sí sola la inmutabilidad, porque reposa sobre la creencia de las cosas que es cabalmente inmutable; y el origen divino de esas verdades les imprime un nuevo carácter de inmutabilidad, porque las marca con el sello de la inteligencia y veracidad infinita. El progreso en las ciencias físicas y morales, respecto á los medios y formas de su explicacion, es admisible, porque fundado su conocimiento en la experiencia, puede y debe crecer con ella. Pero afirmar que las verdades reveladas pueden ser perfeccionadas por el entendimiento humano, es arrebatárles su título esencial, y permitirse la locura de someter la inteligencia divina á la inspeccion humana, ó lo que es lo mismo, creer que el sol pudiera tomar su luz vivicadora de los rayos que emanan de él mismo. Sin embargo, esa inmutabilidad, cuyo origen impone un veto á las aspiraciones de la razon descreida, ofende su orgullo; y aspirando á entregarlo bajo el tribunal de la *opinion*, que omnipotente en materias de gobierno, negocios administrativos, planes de economía y legislacion internacional, ha estendido su círculo hasta la *libertad del pensamiento*, no dificulta admitir el pirronismo histórico, el escepticismo científico, la incredulidad dogmática, y todos los extravíos de una imaginacion febricitante. Esa loca aspiracion del orgullo explica ya suficientemente la tendencia de humanizar todo lo divino, subrogando virtudes pura-

mente sociales á las virtudes religiosas. Así piensan borrar en estas la sancion divina, establecer en todo un panteismo universal, arrancar de la conciencia el saludable miedo de esa responsabilidad, cuya sombra deslustra los matices de la corona de la apoteosis humana. Por eso la Religion proclama la necesidad de la humildad, como fuente del heroismo y engrandecimiento del hombre, haciendo caso omiso de la *opinion*, que no siempre es el criterio mas seguro para señalar la virtud, y su altísima influencia.

La caridad cristiana está sufriendo hoy esta prueba terrible y dolorosa; y como quiera que ella no sea mas que una centella del amor de Dios, y el principal carácter de la Religion que profesamos, ha sido necesario á la filosofia incrédula suplantarla con otra virtud social, cuyo nombre se pronuncia con escitacion poética, y es conocida por la *filantropía*.

Antes de ahora, cuando un acto heróico de caridad cristiana ocasionaba en nuestra alma dulces emociones, impulsándonos por el ejemplo á avivar la llama del amor de Dios y del amor fraternal en nuestros corazones, exclamábamos ante el bienhechor: ¡Qué hombre tan caritativo! Hoy una accion benéfica en favor de nuestros semejantes ofrece al bienhechor este elogio: ¡Qué hombre tan filantrópico! ¿Y por qué? Porque se pretende que la *filantropía*, cuya significacion es el tierno interés *puramente natural* que nos inclina en favor de las desgracias ajenas, suba al esplendente trono de la caridad religiosa, y que ésta se encorbe á sus piés con humillacion profunda, no obstante de ser el único vínculo del hombre, de la sociedad y hasta de la misma Religion. No se crea por esto que condenamos las inclinaciones dulces del corazón, ni sentimiento alguno humanitario: no; es

que vindicamos los fueros de la caridad cristiana, arrancando la máscara hipócrita á los que recomiendan el ejercicio esclusivo de las virtudes puramente naturales; y lo hacemos, porque toda virtud que carezca del sello de la sancion divina, es incapaz de elevarse al orden sobrenatural, ni podrá realizar la regeneracion espiritual del que la practica, ni asegurar jamás el alivio al que llora sin consuelo en los descarnados brazos del olvido ó la desesperacion.

Estamos muy lejos de creer con Lutero, que todas las obras de los hombres por santas que sean, son siempre pecados: pero afirmamos con la doctrina de la Iglesia católica, que todo cuanto hay de bueno en nosotros, sea antes ó despues de la justificacion, proviene de la gracia divina; y que toda gracia se nos concede por los méritos infinitos de Jesucristo Salvador: de donde resulta que todo mérito del hombre es un don divino, y que Dios al recompensarlo, no hace otra cosa que coronar sus propios dones en el hombre, que por su fe hace depender de Jesucristo su propia justificacion. Supuesta esta doctrina sancionada por el santo Concilio de Trento contra Lutero, Calvino, y otros heresiarcas, que hicieron pulular aquí y allí tan perversas doctrinas sobre la justificacion, ¿podrán orgullecerse los *filántropos* de nuestra época de alcanzar su rehabilitacion espiritual con esa compasion *puramente humana*, cuando sus obras solo converjen hácia el ídolo del amor propio, sin que se tenga en cuenta la gracia que les previene y santifica en el cristiano, los méritos de nuestro Redentor, por quien se nos imputan y el premio que por esos méritos nos espera en la vida eterna, premio con el que se escita noblemente el alma á vencer las escabrosidades de esa pendiente que conduce á la santa montaña del heroismo

caisiano? ¡Ah! Cuando el hombre alarga su mano en alivio del desgraciado por un sentimiento *puramente natural* y sin relacion á Dios, puede asegurarse que no se ha desposeido del amor propio, y que su corazon está abierto á la fria envidia, al vil egoismo, al orgullo fanático, y otra multitud de pasiones bastardas, que saben guarecerse en un alma donde no habia la caridad de Dios.

Esta es la razon de que todos los sistemas y teorías humanitarias planteadas hasta el dia por los que se persuaden que la sociedad se basta á sí misma para tocar el punto de perfeccion á que gira sin descanso, estén tan vacíos de acciones heroicas y fundaciones benéficas, cuando el cristianismo acometiendo su campo estéril, ha levantado en él esos monumentos jigantescos del arte, donde el génio de la caridad cristiana parece insaciable en agrupar todos los medios de calmar las angustias del sufrimiento, y enjugar las lágrimas del desgraciado, en todas las necesidades, y para todas las situaciones, y para las heridas todas, que desgarran el corazon. No ignoramos los esfuerzos de los economistas filantrópicos de la época por realzar con una comparacion inexacta y estéril la munificencia humanitaria de las naciones descreidas é infieles sobre el esplendor de la caridad cristiana, recorriendo desde Grecia y Roma hasta nuestros dias: pero el libro de la historia está abierto, y cuando señalamos con el dedo sus páginas de oro dedicadas al cristianismo, el grito de la justicia impone silencio eterno á esas apologías del *filantropismo*, cuya máscara desgarrar con mano decidida y firme la severa y justa crítica de la fé. ¿Nos hablan de la política de la decantada Grecia y poderosa Roma, donde hombres de un ingenio tan elevado, y de un mérito tan superior, organizaban leyes

para desterrar la holgazanería y la mendicidad de los que estaban sanos? Que señalen siquiera una en favor de los miserables, que no podían prestar ningún servicio. ¡Cruel! Era mejor dejarles morir de hambre ó que al hacerse los sufrimientos insoportables á la debilidad humana, marchasen desesperados al horrible teatro del suicidio. Pues bien: el cristianismo se levanta sobre esas defecciones de la humanidad, é interesado por las almas, á ninguna desprecia, y así ofrece el cáliz del consuelo á los que militan bajo su bandera, como se multiplica en favor del pagano que la rechaza y desconoce. ¡Rasgos generosos, que llegaron á escitar zelos en Juliano, apóstata, deseando el establecimiento de hospitales, y cuyos deseos, hijos de una política puramente humana, solo produjeron frutos iguales á los de los arbustos del mar muerto, que especiosos á la vista contienen en su núcleo fatal, ceniza, polvo y nada.

En nuestros dias, presentan nuestros filántropos brillantes apologías de la caridad de los Turcos y de los esfuerzos nacionales de los protestantes de Inglaterra en favor de la desgracia: no estrañamos lo primero, esperando que mañana encomiarán la caridad de los Indios, en cuyo pais no se encuentra un solo hospital de hombres, hayándose muchos para animales. Es cierto que la Inglaterra estableció asociaciones libres para proveer á las necesidades públicas; pero no debieran ocultarnos que hay en ese pais una gran suma, que procediendo de una contribucion forzosa, llegó á hacerse insoportable. Escuchemos si no á *El Mercurio de Francia* del 18 de febrero de 1786, diario político, página 122: «Por un estado, dice, remitido al Gobierno de Inglaterra se prueba que la totalidad de sumas exijidas en alivio de los pobres, en el espacio de veinte años, asciende

á ciento setenta y tres mil libras esterlinas cada año. La mitad de esta suma sería mas que suficiente para sostener á todos los verdaderos pobres, y el sobrante podia destinarse á beneficio del público. El Gobierno se ocupa en los medios de libertar á la nacion de una carga de esta naturaleza, que en algunas parroquias equivale á un diezmo duplicado.» Esto ganaron los Ingleses cambiando en suma forzosa las limosnas voluntarias, que podian ser meritorias delante de Dios, para los que rindiesen su justo homenaje á la cristiana caridad.

Luego no puede dudarse que los caracteres reelevantes de la caridad, descritos por San Pablo, se hacen difícilísimos para un corazon que no tienen otra regla ni otro fin que la espontánea mocion de sus sentimientos, sin otra ley preceptiva que la libertad de quien con tanta frecuencia se abusa. Ved por qué la pobreza carece de derechos sobre las dádivas de la *filantropia*. El cristiano, al contrario, haya repetido el precepto de la caridad, y con un interés indefinible en cada una de las páginas del Evangelio; y cuando los humanitarios carecen de esas figuras, que estimulan á marchar al campo del heroismo, los cristianos tienen á Jesus, cuyo ministerio no fué otra cosa que la ley viva de la misericordia. Un establo fué el primer templo consagrado por su presencia, y unos pobres pastores fueron los primeros testigos de su venida. En su carrera pública los desgraciados fueron el objeto privilegiado de su inagotable amor. Su apostolado comenzó en las chozas de la Judea, porque la fuerza de la Religion está tambien en la cabaña del pobre. Su retiro en las montañas fué con los pequeñuelos, como para dar á la caridad un trono en que todo fuese inocente y puro; y admitiéndolos allí á su mas íntima familiaridad, derramando sobre ellos los tesoros

de su sabiduría, y catequizando con el mas íntimo afecto su ignorancia, les predicó esa moral tan luminosa, tan popular y tan distinta de la que predica la filosofía incrédula. Aprendan los filántropos. Respecto de los débiles, se cree ver en Jesus á un padre, que ensancha su corazón en el seno de la naturaleza: si lloran, llora con ellos; si lo necesitan, hace milagros; y muriendo en medio de ellos, prueba que si la misericordia le obligó á cargarse de nuestros delitos, la caridad le obliga también á llevar el peso de nuestras necesidades. Este es nuestro maestro, nuestro ejemplar, nuestro legislador. Él que nos manda compadecer la desgracia y socorrerla. Que inclinen, pues, su frente los humanitarios, y le veneren, como lo harán las generaciones futuras.

Humanada así la misericordia, y divinizado el sufrimiento, ya no son estraños esos grandiosos ragos de la beneficencia cristiana, tan escasos en la *filantropía*. Hoy no nos admira la caridad de aquel santo, á quien sus contemporáneos dieron el hermoso título de *Limosnero*, y que llamaba á los pobres sus amos, porque Jesus Cristo les ha dado el poder de abrir las puertas del cielo: que no se quejaba de ellos sino cuando su franqueza revelaba los secretos de su caridad: que referia con tanto gusto como sencillez, que la caridad se le habia aparecido, cuando niño, en figura de una mujer cubierta de laureles y radiante como el sol, y que acercándosele le dijo:—«Juan, yo soy la hija primogénita de el gran Rey; si tu mereces su gracia, yo te introduciré en su palacio: nadie entra en él con mas confianza que yo; y mi me oye con agrado, y yo le hice bajar á la tierra para redimir el mundo.» Aquel Juan, que respondió á un pobre, cuyo agradecimiento no encontraba expresiones bastantes enérgicas.—«Hermano mio, yo no he de

ramado todavía mi sangre por tí; lo que hago está mandado por mi Dios,» y que vendiendo en fin su cama, sus muebles y sus vestidos para ser misericordioso, exclamaba con alegría:—«¡Veremos quién se cansa primero, si los pobres ó yo!» ¿Para qué mas? Este lenguaje no lo habla la *filantropía*, y es porque ella no ha podido aprender ni hablar el lenguaje del cielo.

Nuestra caridad no es, pues, ese ídolo esculpido por el orgullo de la filosofía materialista, cuyo culto no es sino de capricho y ostentacion, su doctrina un egoísmo sistemático y cómodo, sus adoradores frios entusiastas, que aman al género humano en comun, para creerse dispensados de amar algun hombre en particular, esos filósofos que en lugar de limosnas nos cansan con sus ensayos extravagantes y publican con jactancia pueril métodos, que no son mas que teorías y sus resultados no son mas que quimeras. Nuestra caridad no es esa *humanidad* soberbia como el espíritu del hombre y limitada como su poder; y que no socorrerá al pobre sin hacer resonar la bocina del fariseo: no esa *filantropía* pomposa en su lenguaje, y mezquina en sus efectos, que ama tan tiernamente á las generaciones futuras é invoca á las pasadas, que hicieron derramar tanta sangre y ahora tantas lágrimas á la generacion presente: esa filantropía á la que no le es imposible construir hospitales, pero que jamás hará una sola *hermana de la caridad*; y que hace sonar la limosna que la Religion distribuye con mas modestia, y la indigencia la recibe con la confianza de que se dá *por amor de Dios*. Por esto no queremos ser filántropos, y sí caritativos. Queremos esa virtud que vá delante de todos los sacrificios, y que es la primera de las virtudes humanas, como la misericordia del Señor es el primero de sus atributos. ¿No nos envidiarán

esa virtud consoladora? Que guarden para ellos la esperanza de la nada: nosotros no les inquietaremos en ese frio polvo á que se lisongean descender; pero que nos dejen ese mundo invisible que deseamos comprar con nuestras limosnas. ¿Por qué se obstinan en arrebatarnos al dolor un Dios misericordioso? Confiar el dolor á la sola compasion natural, es ponerlo bajo la proteccion de los que lo causan. Por lo mismo ofrecemos siempre el homenaje de nuestro reconocimiento á la misericordia divina, creyendo que su mayor triunfo ha sido haber criado la misericordia humana, y haber hecho de ella un precepto sin excusa.

JOSÉ MARÍA GUERRA, PRO.

## LAS CREENCIAS RELIGIOSAS

de los principales filósofos de los tres últimos siglos.

---

### BACON:

Prometimos en nuestro primer número publicar el testimonio que han dado de la religion Divina los génius creadores de la ciencia moderna. Es preciso esforzarnos en probar hasta la conviccion que un incrédulo, léjos de poderse llamar filósofo, es el hombre mas ignorante del mundo.

Este trabajo es tanto mas necesario quanto mayor es el empeño de los neos filósofos en considerar á la Verdad Católica como una rémora al progreso, á la ciencia y á la civilizacion, llevando el absurdo á su último extremo y haciendo sinónimas las palabras *católico* y *retrogado*. En nuestro siglo es preciso no creer para merecer el titulo de sábio; es necesario ser ateo, materialista, epicúreo, pirrónico ó panteista aleman para pasar

por hombre ilustrado y de buen tono. Así se han descompuesto las ideas, y así desgraciadamente se han hecho trizas los sanos principios de la verdadera filosofía.

Justo es colocar esta ciencia en su legítimo centro, y que el mundo aprenda que un incrédulo jamás podrá llamarse filósofo ni pasar en la sociedad por hombre ilustrado y profundo.

Para probar esta verdad tan importante, nada nos ha parecido más útil, como publicar las creencias religiosas de los filósofos célebres y que mas han brillado en el hermoso campo de las ciencias. No encontramos una prueba mas concluida para nuestro objeto, que el manifestar la grande fé, la sincera piedad y el gran respeto que esos hombres han tenido á la religion divina: hombres que á la vez que analizaban el pensamiento, arrancaban grandes y útiles verdades del seno de la naturaleza, profundizaban las leyes de la creacion y el origen del mundo, y los principios y condiciones de la existencia del hombre y de la sociedad: verdaderos doctores y génios sublimes de la buena filosofía. Nada nos importa por otra parte, que algunos de ellos tuvieran sus aberraciones y delirios que los separáran en algun punto de la inmutabilidad del dogma divino.

Claro es que la empresa es demasiado ardua y de colosales proporciones, si se ha de cumplir debidamente lo que prometemos; pero tenemos un digno predecesor que alienta nuestra confianza; Monsieur Genoude nos auxiliará, aunque tengamos que separarnos en muchos puntos de su brillante obra; ó porque no hagan relacion á nuestro objeto, ó por tener que conformarnos al espíritu y pensamiento de nuestra empresa.

Bacon fué el primer filósofo que brilló en el turbu-

lento siglo XVI; nadie le disputará la gloria de haber sido el restaurador de la filosofía en Inglaterra. ¿Y hubo razon para ello? Recopilemos los adelantos que le debe la filosofía.

Él clasificó las diversas facultades de la inteligencia humana, descubriendo la division de memoria, razon é imaginacion; division que despues fué desenvuelta por d' Alembert y Diderot en el discurso preliminar de la Enciclopedia; él dió un nuevo método á la lógica que sustituyó al antiguo y famoso método de Aristóteles; él se adelantó al silogismo con la induccion, pero una induccion exacta y severa, fundada con rigidez sobre esperiencias y esperiencias repetidas; método que cambió la faz del mundo sábio. Él, como metafísico, investigó la operacion del entendimiento y la asociacion de las ideas; él mostró con el dedo las preocupaciones á que nos dejamos conducir desde nuestra infancia, y expuso con admirable claridad el principio indicado por Aristóteles y desenvuelto por Loke, de que nada hay en el entendimiento que no tenga á las sensaciones por base. Él, como físico, dejó apuntes ingeniosos é indicó la mayor parte de los descubrimientos que se han hecho posteriormente: ideó una especie de máquinas neumáticas, por cuyo medio adivinó la elasticidad del aire; reunió todos los datos para el descubrimiento de la pesantez del mismo, que Torricelli y Galileo proclamaron despues; y en sus escritos se encuentran, en términos espresos, la atraccion, que á Newton mereció la gloria de inventor.

Él, como naturalista, escribió tratados muy dignos de alta reputacion, siendo el primero que llamó la atencion de los filósofos sobre la historia de los vientos; esos agentes tan importantes de la naturaleza, obra que competía con su famosa *Silva Silvarum*, coleccion de experiencias hechas ó que deben hacerse, divididas en

cien centurias; y él aunque con menos importancia, dió apuntes á la medicina, á la historia y á la astronomía: él, en fin, abarcó el círculo de los conocimientos humanos.

¿Y habia de olvidar este hombre la ciencia sagrada? No: Bacon, como los tres génios mas grandes de los últimos siglos, Descartes, Leibnitz y Newton, estaba instruido en las Santas Escrituras; con frecuencia las citaba en todos sus escritos; habia examinado la religión; habia juzgado sobre ella con fé piadosa y ardiente, y habia reconocido la mayor parte de las verdades mas importantes que constituyen el dogma católico. Su profesión de fé es una prueba acabada de esta verdad, y que humilla la jactancia atea de la incrédula filosofía. Sus páginas deberian hallarse escritas al frente de todos sus libros, y escribirse en todos los idiomas, para que el filósofo al consultarle supiese que con su filosofía se habia la fé.

Bacon cree y confiesa que solo Dios es eterno y que todo ha comenzado escepto Dios: que este Dios único es infinitamente poderoso, solo sábio, solo bueno en su naturaleza, y de toda eternidad Padre, Hijo y Espíritu Santo en tres personas.

Cree que, por un efecto de su bondad y de su amor infinito y eterno, se habia propuesto ser criador, y que todo lo crió: que Dios crió el cielo y la tierra con todos sus ejércitos y sus generaciones, á quienes ha dado leyes perpétuas y constantes; y que lo que nosotros llamamos naturaleza no es otra cosa que estas mismas leyes.

Cree que el alma del hombre no fué sacada ni del cielo ni de la tierra, sino que es producto de un soplo inmediato de Dios; que crió al hombre á su imagen y semejanza, cuyos principales caractéres son: un alma ra-

cional, la libertad, la inocencia y la soberanía; que Dios le impuso un mandamiento que pudo observar y cumplir, el que no observó; por cuya desobediencia cayó desde entonces en un estado de defeccion total con respecto á Dios; que este primer pecado fué sugerido por el demonio, y no por la malicia del hombre, á diferencia de la primera criatura que cayó por pura malicia y no por tentacion; por lo que, de todas las criaturas, unas se sostuvieron y conservaron en el primer estado de gracia, otras cayeron para volver á levantarse, y otras, por último, cayeron para no volver á su primer estado, las cuales continúan existiendo, pero en un estado de corrupcion y como objeto eterno de la cólera divina.

Cree que la muerte y el desórden han entrado en el mundo como consecuencia del pecado del hombre y un efecto de la justicia de Dios, cuya divina imágen ha sido en él desfigurada; pero que inmediatamente despues de la desobediencia, y que la ley de Dios se vió frustrada, se hizo escuchar la gran palabra de la promesa *divina*, en cuya virtud, el hombre recobraría, por la fé, el estado de justicia en que Dios le habia criado; y que así como la palabra de la ley durará eternamente, así será eterna la palabra de su promesa.

Cree que el Hijo de Dios, cuando llegó la plenitud de los tiempos, descendió *del cielo á la tierra*, segun lo prometido y confirmado con juramento; que es Jesucristo Hijo de Dios y Salvador del mundo, que fué concebido por el poder y obra del Espíritu Santo, y tomó cuerpo en las entrañas de la Virgen María; cree que no solamente encarnó ó fué unido á la carne, sino es que fué hecho carne, aunque sin confeccion de sustancia ó de naturaleza; y que así el eterno Hijo de Dios, y el Hijo

para siempre bendito de María, era una sola persona, y de tal manera una, que la bienaventurada Vírgen puede verdadera y católicamente llamarse Deípara, Madre de Dios.

Cree que Ntro. Señor Jesucristo fué en carne humana el sacerdote y la víctima por el pecado; la satisfacción y el rescate que exigía la justicia de Dios; el vencedor á quien son debidos el reino y la gloria; el modelo de santidad; el predicador de la palabra, la piedra angular de todo el edificio que reúne á los judíos y gentiles, el dueño de la naturaleza en sus milagros, el vencedor y triunfador de la muerte y de la potencia de las tinieblas en su resurreccion.

Cree que consumó *este Hijo de Dios* la grande obra de la redencion del hombre habiendo restablecido al mismo en un estado superior al de los ángeles.

Cree que Ntro. Señor Jesucristo, segun el tiempo, nació bajo el reinado de Herodes, padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, presidente puesto en la Judea por los romanos; y que fué vendido por Judas, uno de los doce apóstoles, y crucificado en Jerusalem: que despues de su muerte verdadera, y de ser su cuerpo sepultado en un sepulcro, rompió por sí mismo los lazos de la muerte al tercer dia, saliendo de su tumba y apareciéndose á muchos testigos escogidos en el discurso de muchos dias; que al fin de estos y en presencia de sus apóstoles subió á los cielos, donde continúa intercediendo por nosotros, y descender á el tiempo marcado en los decretos de la Providencia, con toda la pompa de su gloria, para juzgar al universo.

Cree que los padecimientos y méritos de Jesucristo, aunque suficientes por sí solos para borrar los pecados del mundo entero, no son, sin embargo, eficaces sino á

los que estén regenerados por la gracia del Espíritu Santo, por cuya gracia el hombre se hace hijo de Dios y miembro de Jesucristo, y en virtud de la cual la cólera y el pecado son trasportados del hombre á Jesucristo, en tanto que el mérito y la vida de Jesucristo se trasladaran al hombre.

Cree que esta obra de la gracia del Espíritu Santo se verifica ordinariamente por la predicacion de la palabra, la administracion de los Sacramentos, las cruces, las affixiones, los beneficios de Dios, la oracion, etc.; medios de que Dios se vale para operar y procurar la vocacion de los elegidos, sin detrimento del poder que tiene, con independenciam de estos méritos, para llamar inmediatamente por su gracia á los hombres en cualquier hora y momento de su vida, segun su buena voluntad.

Cree que la palabra de Dios no ha sido conocida ni ha llegado hasta nosotros sino por la revelacion y por la tradicion hasta Moisés; que en Moisés principiaron las Escrituras depositarias de la palabra de Dios, y que éstas llegaron hasta los Apóstoles y Evangelistas; que despues de la bajada del Espíritu Santo, autor de toda verdad, este libro fué cerrado para no recibir otras nuevas adiciones, y que á la Iglesia corresponde solamente la guarda y la distribucion de las Escrituras que le han sido confiadas, TENIENDO EL DERECHO DE INTERPRETARLAS, debiendo esta interpretacion estar fundada sobre las mismas Escrituras.

Cree que hay una iglesia de Dios, universal, católica, estendida sobre toda la superficie de la tierra que es distinguida de toda otra por la alianza de Dios, por la recepcion de su santa doctrina y por el uso de sus Sacramentos, compuesta de todos los hombres vivos y difuntos, y de los hombres que no han nacido todavía y están escritos en el libro de la vida.

Cree que las almas de aquellos que mueren en el Señor son bienaventurados y reciben la recompensa de sus trabajos, gozando de la vision de Dios; y que este que será el último tiempo no tendrá variacion ni fin.

Tal es en sustancia la profesion de fé de ese gran filósofo y profundo pensador, que tan justamente mereció el título de padre de la filosofía experimental.

Ahora bien, ¿porqué los filósofos del último siglo no han dado publicidad á estas confesiones religiosas y cristianas que tanto sobresalen en sus obras y distinguen su génio crédulo y piadoso? Ellos, que tanto han ponderado aquellas que eran relativas á la física y metafísica, ¿callaron impúdicamente esos rasgos brillantes de fé divina porque pesaban sobre su conciencia, porque sería el sello que habia de señalar su propia reprobacion. Es muy claro que los elogios dados á este filósofo por los enemigos del cristianismo son una táctica indigna para hacer sospechosa su fé. ¿Qué importa que hubiese vivido en la comunion protestante si al fin confesó que la verdad católica es hija de Jesucristo y que la Iglesia es la única que puede interpretar las Escrituras.

Bacon nunca estuvo prevenido contra el catolicismo; antes por el contrario se le vió aproximarse á la Iglesia, segun iba adelantando en edad y en conocimientos; su piedad era conocida de todo el mundo; su capellan Rowley nos ha dejado muchos pormenores de los egercicios á que se entregaba aquel en su vida privada, Gassendi, Addison, los diaristas de Treboux han tributado un justo homenaje á la fé de Bacon; de él se conservan algunas oraciones que compuso en los dias de su desgracia, las que no desdicen de una obra puramente escética; y dá una leccion brillante á los neo-filósofos que á todo trance quieren separar á la filosofía de la

tutela de la fé y del Evangelio. Que lean sus tres cartas á la Universidad de Cambridge, en donde siguió su carrera, y allí encontrarán el testimonio mas concluyente de su adhesion y su amor á la religion, haciendola inseparable de la filosofía.

«La gracia de una luz divina, dice, los guiará y los ilustrará en la investigacion de la verdad, si someten humildemente su filosofía á la religion.»

¿Podrán nuestros nuevos filósofos, apreciar el valor de estas confesiones como es debido? ¿Conocerán la importancia de este grande hombre como filósofo? ¿Habrán leído sus consideraciones sobre el ateismo? Con entera seguridad podriamos afirmar que no. El incrédulo no es dado á profundizar las ciencias; ni el estudio de estos grandes hombres se acomodaría á sus mezquinas ideas, y adonde ellos ni quieren ni pueden alcanzar.

Por otra parte, Bacon los confundiría con suma grandeza; y nosotros publicaremos en el siguiente número los pensamientos y consideraciones de este filósofo sobre el ateismo. Por hoy hemos terminado nuestro artículo, creyendo haber dado la prueba mas concluyente de que la ciencia conduce á la fé y la ignorancia á la incredulidad.

JUAN BAUTISTA SOLÍS, PRO.

---

---

## NECESIDAD DEL PODER TEMPORAL.

---

(Continuacion.)

Existía en el Pontificado, segun observa Bossuet, «un sacerdocio tan eminente, que el emperador, que tambien traía entre sus títulos el de Pontífice máximo, le sufría en Roma con más impaciencia que la que pudiera causarle el ejército de un César que le disputara el imperio.» Y á la verdad, ninguno de los emperadores que sucedió á Constantino volvió á ocupar el antiguo trono de los Césares. Dios habia escojido á Roma para su Iglesia, y ésta la poseerá hasta la consumacion de los tiempos.

De otro modo, ¿cómo se explica que despues de la desmembracion del imperio y la completa destruccion del de Occidente, ninguno de los príncipes guerreros que intervinieron en este importante acontecimiento, estable-

clera en Roma la silla de su reino, sino en Milan, Pavia y Rávena? La *antigüedad* daba á este hecho una explicacion, que juzgamos exacta: creía que Constantino habia *cedido* al Papa la ciudad de Roma, «Vióla escrita en un pergamino, añade el ilustre conde de Maistre, y depositada en el altar de S. Pedro. Los modernos dicen mentira... No hay cosa más cierta que la donacion de Constantino.»

En efecto, sea cualquiera el valor é importancia de esta observacion, siempre será lícito asegurar que el alejamiento definitivo de los emperadores de la antigua metrópoli del mundo, fué providencial y sobremanera oportuno: los hechos se encargarán de demostrarlo.

Vamos á presenciar el espectáculo más solemne é imponente que ofrece la historia del género humano. El gran coloso que por tantos siglos habia dominado al mundo, dando su nombre y vida á la humanidad, iba á sucumbir y desaparecer violentamente, dejando un vacío horrible, muy difícil de llenar. El génio de Constantino y de Teodosio no pudo evitar tan tremenda catástrofe: solo les queda la gloria de haberlo intentado. Aquella fastuosa civilizacion no era más que un cadáver vistosamente engalanado. Los esfuerzos habian sido personales. Tácito, Virgilio, Ciceron y César pueden honrar á cualquiera sociedad; pero faltaba por desgracia una cosa necesaria á todos los imperios; las virtudes. Por eso, se sentían, de cuando en cuando, y por todas partes, las fuertes oscilaciones de un próximo cataclismo. Se habia tenido la imprevision de educar á los bárbaros que acechaban las fronteras, y revelarles las fuentes abiertas de la debilidad romana. Admitidos á los consejos del imperio, lo habian estudiado todo con calma y madurez.

Suena por último la hora de la justicia de Dios. Los pueblos del Norte se arrojan sobre el Mediodía, cual un torrente devastador assolándolo y destruyéndolo todos: artes, costumbres, ciencias, leyes é instituciones: imponiendo á poco su dominacion sobre el terror y el silencio de las ruinas. Habia algo de fatídico y pavoroso en aquella invasion, que los más consideraban como justo castigo del cielo. Se nombraban el *azote de Dios*, y esto enervaba las fuerzas y acallaba el instinto de conservacion. No hubo, pues, resistencia alguna por parte del imperio, y los bárbaros se repartieron tranquilamente el botin, cambiando el mundo de nuevos señores. Los germanos establecen definitivamente su dominacion en Europa, ocupan la mayor parte del África y una porcion considerable del Asia, hasta que en el año 475 Odoacro jefe de los hérulos y turcilingios pone término al imperio de Occidente, constituyendo en Italia una nueva monarquía.

Despues de tan violenta y radical transformacion, séanos permitido preguntar, ¿qué suerte esperaba al mundo? Sería la barbárie la condicion habitual de la humanidad? Qué poder, qué influencia sería capaz de oponerse, con provecho, al empuje arrollador é irresistible de los bárbaros? ¿Quién podría coordinar, y mucho ménos dirigir convenientemente aquel caos, hermanando elementos tan heterogéneos, para luego deducir un orden regular de cosas, fijo y estable, del cual arrancára aquella lenta y pausadamente, el magestuoso edificio de la civilizacion? ¿Quién, por último, sería el intermediario entre el orgullo y el desprecio de los vencedores, el abatimiento y desesperacion de los vencidos constituyendo una sola familia de hermanos, y haciendo converger á un punto comun la fuerza y actividad de todos, dis-

tribuyendo á cada uno su propio lugar en la gran obra que habia de emprenderse?

La *Iglesia Católica* llevaba cinco siglos de existencia, y su influencia se hacía sentir por todas partes. Superior á todo temor y fuerte con la proteccion del cielo habia atravesado con gloria las mas rudas y encarnizadas persecuciones. Los pueblos la vieron siempre pujante y poderosa, cuándo perseguida, cuándo acariciada y consentida por los emperadores. Se acostumbraron á considerarla como un poder que nunca podia faltar, como una esperanza que no podia mentir, como un faro consolador y amigo que luciría siempre en medio de las borrascas é inquietudes de la humanidad. La que habia enseñado la libertad al mundo, la que habia revelado al hombre su dignidad y verdadera independencía, la que habia proclamado el dogma de la fraternidad universal y habia tenido el valor de hablar al corazon humano, imponiéndole el deber de la caridad para con el esclavo, el niño expósito, el anciano decrepito, el enemigo implacable que goza en el llanto y agonía de su víctima, la que en fin habia sabido morir por la causa de la civilizacion y de la humanidad, habia conquistado sin pretenderlo, un alto puesto de honor en la gratitud y el respeto de los pueblos. Ya sabian quien podria ser su protector, á quien sería bien recurrir en las difíciles circunstancias por las que la Providencia creyera oportuno conducirles.

Por otra parte la Religion Cristiana debió de ejercer una poderosa y saludable influencia en el ánimo de los vencedores, pasados los primeros momentos del triunfo. Menos distantes de las tradiciones primitivas que los pueblos á quienes habian subyugado, gozaban de la mejor aptitud para comprender y admirar las excelencias y re-

sultados de una religion, que si bien corregía y enfrenaba sus salvages pasiones, no obstante, se armonizaba fácilmente con la conciencia y los sentimientos naturales del corazon. Al propio tiempo la Iglesia predicaba en todas ocasiones la necesidad de la justicia, de la obediencia, de la resignacion y demás virtudes cristianas; esforzándose por conseguir el órden, base de las sociedades y del legítimo desarrollo de los pueblos. Además, los obispos y sacerdotes cumplian en aquellos críticos y solemnes momentos con santa y noble emulacion los deberes de la caridad; multiplicándose prodigiosamente en torno de los vencidos, alentándolos y consolándolos, y poniendo á su disposicion el patrimonio de la iglesia, que llegó á ser el patrimonio de los pobres.

De aquí debia surgir naturalmente la veneracion y confianza que los pueblos del Norte profesaron al sacerdocio católico, viéndose atraidos y como subyugados por una oculta simpatía que no eran poderosos á dominar; aceptaron su mediacion para con los vencidos y solicitaban sus luces y consejos en los difíciles asuntos que les ocupaban relativos á la gobernacion de los pueblos. Sabido es el uso que hizo la Iglesia de aquella predileccion. Todos los espíritus medianamente ilustrados saben cómo la Iglesia desempeñó tan importante intervencion, y el desinterés con que la llevó á cabo; dejando en todo corazon honrado que se estime y no haya perdido el sentimiento de la dignidad una deuda sagrada de gratitud, que nadie podrá dispensarse.

Recordemos ahora, aunque ligeramente, la conducta de la Santa Sede respecto á los acontecimientos ocurridos en Italia por aquellos dias. Al dar comienzo el siglo V, Alarico, caudillo de los visigodos, hace avanzar

sus hordas guerreras, tomando por asalto la ciudad de Roma; y tratándola á sangre y fuego la entrega despues al saqueo.

Aunque el Papa se encontraba entonces, incidentalmente, fuera de Roma, no obstante, recibe un justo tributo de veneracion; pues solo fué exceptuada del pillage por el bárbaro la Iglesia de San Pedro, la cual sirvió á la vez de abrigo y salvacion á gran número de habitantes. A los pocos años, el terrible caudillo de los hunos, conocido en la historia por *el azote de Dios*, pretende reparar su honor militar, mancillado en los campos Cataláunicos, y entrega en su despecho á la ferocidad de sus guerreros la mayor parte de las ciudades del imperio de Occidente. Pasea su furor á lo largo de las ruinas, nada le detiene, todas las principales ciudades de las Gálias fueron destruidas; solo se salvaron París y Troges, por la intervencion de Santa Genoveva y San Lupo, animoso obispo que salió al encuentro del bárbaro, desarmando su brazo extendido sobre la infeliz ciudad. Luego, impulsado por su feroz orgullo se dirige á Roma, avivando la codicia de sus soldados. Valentiniano y el esforzado Aecio, vencedor de Atila, tiemblan y dejan paso franco á la invasion. En estos momentos de universal terror, los romanos dirigen sus miradas suplicantes hácia el sucesor de Pedro. El mismo Emperador se encarga de interesar al Pontífice por la salvacion de la capital. A seguida San Leon, uno de los Papas que más han honrado el Pontificado con su virtud y talento, mereciendo de la posteridad ser señalado con el título de el *Grande*, revestido con los habitos sacerdotales se encamina al encuentro de Atila, y logra con su ascendiente apartar al caudillo de la ciudad, preservándola de la destruccion y

el saqueo. Luego los vándalos, capitaneados por Genserico, desembarcan en Ostia, é impulsados por el furor y el espíritu de destruccion que alentaba á aquellos pueblos, emprenden el camino de Roma para sellar con su paso la destruccion y ruina de aquella ciudad; cuando el temor de sus habitantes toma proporciones espantosas, y las puertas de la Metrópoli del imperio quedan abiertas á la ferocidad de los invasores, sale por segunda vez San Leon al encuentro del conquistador; y si bien no logra apartarle de Roma, como años antes á Atila, consigue por lo menos se contentára con el saqueo, libertando é sus conciudadanos del incendio y de la muerte. Entonces fueron también preservadas las iglesias de San Pedro, San Pablo y la basílica de Constantino. Concluye, por último, el imperio de Occidente, como hemos visto, al empuje y brio de los hérulos, arrancando para siempre el cetro y la corona de los Césares: estableciendo definitivamente los bárbaros su dominacion en Italia.

Aquí es donde el Pontificado empieza á ejercer su accion temporal sobre los asuntos de la Península, arrastrando por la fuerza de los acontecimientos y la necesidad de su augusto ministerio. No es difícil apreciar qué hubiera sido de Italia y del mundo sin la intervencion del Papado en aquellos dias. La irrupcion de los pueblos germánicos hubiera dejado entre nosotros las mismas huellas, la misma ignorancia y degradacion que el falange y el fanatismo de los árabes introdujo en los desgraciados pueblos del Asia y Africa, arrancándoles toda civilizacion interior.

La iglesia era el único elemento de vida que atesoraba aquella sociedad, el único que con provecho podia oponerse á la barbárie. Cuando la fuerza con todos sus

horrores destruía y dominaba en el mundo, la idea cristiana, que no podía ser destruida, obedece al instinto de conservación, disponiéndose á salvar la humanidad. Obrera infatigable de nuestra civilización, sola y desconocida, al mismo tiempo que ilustra y evangeliza á los bárbaros, coloca los cimientos del edificio social. Crea un nuevo orden de cosas; aprovecha todos los acontecimientos; recoge y conserva los antiguos elementos de la civilización desparramados y envueltos entre el polvo de las ruinas. Asimila y fusiona en una actividad comun, lo pasado y lo presente, contando para lo porvenir con mayor fuerza y abundancia de vida, y ocupa su puesto en Roma, inalterable, siempre benéfica y amiga de los pueblos, apesar de las continuas y violentas irrupciones de los bárbaros que en ninguna otra parte se hicieran sentir con mayores estragos y por más largo tiempo. El papado fué siempre el protector de la Italia, el ángel tutelar de aquel país; así lo tienen consignado la tradición y la historia. En diversas ocasiones se vieron detenidos los bárbaros por aquella autoridad á las puertas de Roma. El génio de Rafael concluyó su obra maestra bajo la presión é inspiración de esta misma idea.

Con este motivo, los pueblos habían tenido ocasion de aprender, cuán beneficiosa era aquella autoridad moral que imponía y llenaba de respeto á los indomables vencedores, y que en las más críticas y desesperadas circunstancias les había conservado la libertad y la vida: mientras que los emperadores huían y no sabían ni podían consolidar su dominación en aquel país. Por esto los italianos llegaron á descansar confiados en aquel protectorado, que conocían no podía faltarles. No era justo que los papas defraudaran las espe-

ranzas concebidas y se negáran á secundar unos deseos tan justos como legítimos. Utilizaron así, pues, es ascendiente que sobre los invasores ejercían en pró de los intereses comunes de la civilizacion y de la pátria. Además, nadie podrá negar á los pueblos de Itália el derecho de mostrarse agradecidos; abandonados al furor de las hordas invasoras, sin apoyo alguno por parte de los emperadores, no encontraban, en medio de su triste posición, otra égida de salvacion que la autoridad paternal de los Papas que con tanto heroísmo sabian oponerse á los peligros y dominarlos. Muy natural era que entregáran á aquellos la investidura de la soberanía temporal de un país que ellos solo defendían y conservaban.

Por otra parte, dadas las condiciones irregulares por que venía atravesando aquella sociedad, y el desequilibrio y conflagracion universal que pesaba sobre el mundo, sin encontrarse nada fijo ni estable; donde los intereses mas sagrados, los principios constitutivos de la sociedad se encontraban á merced de los acontecimientos y de aquellas tribus bárbaras y nómadas que no traían otro derecho ni otra instruccion que la punta de su espada, el saqueo, el pillage, la destruccion y la muerte: ¿si los Papas en aquellas circunstancias, hubieran reservado una porcion de territorio para establecer en él su dominacion temporal y preservarlo de los horrores de la barbárie, quién se atreverá á condenar este poder? ¿Quién podria negarle su legitimidad, cualquiera que fuera su procedencia? ¿Cómo se han constituido los demás poderes de la tierra? ¡Pluguiera á Dios que todas las soberrnías conocidas pudieran presentar tan justos y respetables títulos! «Un gobierno constituido en medio de la barbárie, escribe el distinguido autor de la obra *Roma y sus enemigos*, para arrancar una fraccion

cualquiera de territorio de las condiciones de la barbárie tendria una razon de ser que no tendria jamás gobierno alguno, una razon de ser tan noble, tan grande, tan extraordinaria, que para disputarle los títulos de su legitimidad, sería preciso disputar á la sociedad los títulos para ser sociedad, sería preciso disputar á la humanidad el derecho de ser humanitaria, sería preciso disputar á la civilizacion su desarrollo y su existencia.»

En efecto, no podemos señalar la hora ni el momento en que el poder temporal de los papas empezó á ser precisamente, lo cual es innecesario: pero sí podemos asegurar, sin temor de que nadie nos desmienta, que existía mucho antes de las donaciones de los principes Carlovingios. Y, segun nuestra opinion, debió de constituirse en aquel espacio de tiempo que medió entre la irrupcion de los germanos y la espulsion definitiva de los longobardos de Italia. Así se desprende de todo cuanto llevamos expuesto; como á la vez habrán podido colegir fácilmente nuestros lectores los razonables motivos que dieron origen al poder temporal de los papas, la oportunidad y necesidad de esta soberania. De nada sirve oponerse contra la voz unánime de la historia. Los pueblos tienen sus necesidades, y entonces, era apremiante y perentoria la instalacion de ese poder, como la satisfaccion de una gran necesidad social. Y en este caso, quien quiera que hubiese tomado la iniciativa, ya fueran los papas, ya los pueblos, se encontrarian justificados ante la razon, y nosotros debemos quedarles agradecidos en el mas alto grado por los beneficios que aquella institucion nos ha dispensado.

Además, es necesario no perder de vista jamás, que

constituido una vez el Pontificado, más tarde ó más temprano, habria de ejercer su influencia social en el mundo. Representante de Jesucristo, é intérprete de su doctrina, al cumplimentar su soberana mision debia de tener una voz cuyo eco llegára igualmente á las almas que á las sociedades. El Evangelio, se ha dicho siempre con justicia, es el mejor y más perfecto código de las sociedades humanas. Por consiguiente el Pontificado habia de llegar á ser un agente, un poderoso auxiliar, un elemento de vida social. Si un dia llegó á estar comprometida la existencia de la sociedad, hasta el extremo de ser dominada completamente por la barbarie, el Pontificado debió necesariamente de cumplir su mision en la forma que le era dable, debió de encargarse de la gobernacion de los pueblos, conservándoles los beneficios de la civilizacion, de la cual él era el más fiel depositario. Una autoridad que en aquellos supremos momentos dirijiera los destinos temporales de una porcion mas ó menos estensa de territorio, en nombre de Dios, de la justicia y del derecho, nadie, creemos, tiene razon para repudiarla.

Por otra parte, cualquiera que haya saludado la historia y estime la dignidad y responsabilidad de sus juicios nunca podrá originar esta soberanía de la ambicion y la intrusion de los papas en un órden de cosas que no les pertenece. Por más que se haya repetido hasta la saciedad, y en algunas ocasiones se haya aceptado calurosamente esta acusacion, sin embargo es un absurdo, un imposible, y sin violencia nos dispensamos de su refutacion. ¡Ambicion los papas..... que se invente en gracia siquiera del ingénio y la natural travesura del error, otra cosa más sería, ménos inocente

que se pueda creer. Un poder que nace sin esfuerzo, originado por la corriente de los acontecimientos, que es el solo en el mundo que puede presentar ahora los títulos de posesion iguales é idénticos á los que tenía há más de diez siglos, y que cuando su influencia era omnipotente en la Europa, nada se anexionó, ni escuchó jamás la tentacion de la conquista y del engrandecimiento, habitual é ingénito á todos los poderes, contentándose con los ceñidos y estrechos límites de su territorio, no obstante el carácter y el génio de algunos de sus *poseedores*, ese poder no ha debido sentir nunca el peso de la ambicion. Léanse al propio tiempo todos los documentos emanados de la santa Sede, por la época á que nos referimos.

Cuando el poder temporal era ya un hecho consentido y aprobado por todos, cuando la soberanía de los emperadores de Oriente era en Italia nominal y conocidamente ilusoria, los papas, ántes y despues de la invasion de los ostrogodos y longobardos, dirigen sentidas súplicas á la córte de Bizancio y á los exarcas de Rávena para que afirmáran su poder en la península y sostuvieran en todo caso contra los bárbaros la gloria y dignidad del imperio romano. De otro modo, hubieran hecho pactos y alianzas con los triunfantes usurpadores y jamás hubieran reclamado de los italianos la dependencia y sumision á sus antiguos señores. ¡Ambicion los papas.... verdad es que la tuvieron grande, ardiente y por demás perseverante. Tuvieron la *extraña* ambicion de salvar la Europa de la barbarie, de conservar de entre el furor de los bárbaros las ciencias y las artes, los principios fundamentales del derecho, sin los que jamás se hubieran constituido los pueblos, ni se hubieran reorganizado los poderes, ni se hubiera conocido nuestra sociedad en el número de los pueblos

cultos y civilizados. Por esta ambicion deben fundarse todos los cargos y acusaciones que se le dirijan.

Aparte de las consideraciones hasta aquí emitidas, por las que hemos pretendido probar la conveniencia y necesidad del poder temporal y cuando debió tener su origen este importante acontecimiento, réstanos añadir un hecho que se halla fuera de toda duda, y que juzgamos apropósito en la série de nuestras observaciones.

Nadie ignora que la piedad y devocion de los antiguos emperadores de Occidente enriqueció la iglesia de Roma con una porcion considerable de bienes que desde luego empezó á nombrarse *patrimonio de San Pedro*. Poseia, pues, el Papado grandes propiedades en Sicilia, en Calabria, en la Pulla, en la Campania, en la Sabina, Dalmacia, Iliria, Cerdeña, entre los Alpes Cocios y hasta en las Galias; y como todos estos bienes venian sujetándose á las prescripciones del derecho romano, de ahí es que los Papas ejercian sobre los colonos, segun observa el ilustre historiador César Cantú, «una jurisdiccion legal, nombrándoles oficiales, dando órdenes, mientras que con sus rentas podian hacer frente á las carestias, hospedar á los refugiados y pagar ejército.»

Ocurre, por último, en Italia, siguiendo el órden de los sucesos que venimos examinando, la invasion de los longobardos; «y faltando, añade el mismo historiador, un jefe general á la Italia, los Romanos, subyugados y los libres no tuvieron ya persona mas eminente que el Papa en quien fijar sus miradas.» Con este motivo interrúmpense las comunicaciones entre Roma y Ravenna, y el Papa se entiende directamente con la córte de Bizancio, declara la paz y la guerra á los reyes longobardos, y al oponerse á sus invasiones lo hace como representante de la parte nacional.

Por entónces sube á la silla de San Pedro un hombre que imponiéndose de la importancia y estension de su posicion y dignidad, se dispone á llenar la mision que la Providencia parece le habia confiado. Quizás, nunca el génio de ningun Pontífice haya tenido ocasion de ejercitarse con mayor provecho en pró de los intereses que venia representando, ni encontrado mas obstáculos que en la época que nos ocupa. Estamos á la mitad del siglo VI, y Gregorio Magno recibe el honor del supremo Pontificado.

No es esta ocasion de manifestar la influencia y engrandecimiento que debió la Sede Pontificia al talento y virtud de este gran papa: solo nos permitiremos espresar el asombro y admiracion que deja en el ánimo el recuerdo de sus trabajos apostólicos, su incansable solicitud por la disciplina de la Iglesia, la reforma de las costumbres, la propagacion de LA VERDAD CATÓLICA, la causa de la civilizacion, el noble valor con que imponía á *todos* sus deberes, civilizados ó bárbaros, reyes ó súbditos: defendiendo á todo trance la libertad é independencia de Itália. La coleccion de cartas de este Pontífice tan ilustre y elevado en un siglo tan oscuro y bajo demuestra, como afirma Balbo en su *Storia d' Itália*, «que toda la gloria, toda la ilustracion, toda la actividad que en Itália quedaba, así como en el mundo, todo estaba concentrado en aquellos tiempos en la Iglesia, y en sus Pontífices, y principalmente en los Pontífices romanos.» «Que extrangeros, continúa, á quien estos Pontífices impidieron con tal frecuencia tiranizar plena y tranquilamente la Itália, los hayan juzgado con ódio y rencor y hayan desfigurado é interpretado mal tales monumentos, dabe perecer cosa natural: pero, por Dios, que es demasiada imbecilidad

apartarnos para seguirlos, de nuestras historias, adular á los opresores aun cuando ya han pasado, y calumniar á nuestros mas constantes defensores.»

Este era tambien el sentimiento universal de la Itália en la época á que nos referimos. ¿Qué extraño es que los italianos se apresuráran á ponerse bajo la direccion y gobierno de tan augustos señores? Los papas, léjos de intentar este resultado, estuvieron muy distantes de mostrar su contento por este aumento de poder; como lo probaron en muchas ocasiones. Escribiendo confidencialmente á S. Leandro, Arzobispo de Sevilla, con quien le unía la mas viva y tierna amistad, decía S. Gregorio: «No sé contener mi llanto siempre que fijo mi pensamiento en aquel puerto feliz del cual me han arrancado: gime mi corozon al solo recuerdo de aquella tierra firme, á la cual no me es posible ya llegar.» Y en otra ocasion escribía á un obispo de una de las iglesias del Oriente, «cualquiera que llegue al puesto que yo ocupo, se verá abrumado de negocios hasta el extremo de dudar con frecuencia si es príncipe ó pontífice.»

En efecto, el papa S. Gregorio egerce por aquella época actos que pueden llamarse de verdadera soberanía temporal. Enviaba un gobernador á Nepi, ordenando al pueblo le obedeciese como así mismo; y un tribuno á Nápoles para custodiar á aquella gran ciudad. Recomienda al obispo de Terracina no releve á ninguno de la obligacion de dar la guardia á las murallas. Manda al ecónomo de Sicilia que teniendo necesitado tomar á préstamo con escesiva usura, se les suministre estos capitales del fondo de la iglesia; y que lo paguen poco á poco, de manera que no se

vean obligados á vender los géneros á vil precio. En general no queremos que los cofres de la Iglesia se manchen con una ganancia indigna.»

Por estos hechos, y otros que pudieramos aducir, creen algunos y con justicia, que los papas en Italia venian á ser respecto de los emperadores griegos, lo que los Mayordomos Francos respecto á los príncipes merovingios. Verdaderamente el poder temporal se encontraba en toda su plenitud egerciendo su accion superior sobre los intereses de Italia. Y por esto debemos advertir que, no obstante haberse fraccionado la península en varias dominaciones, continúa inalterable en Roma por largo tiempo el derecho de los papas, sin reclamacion de ningun género, ni por parte de los emperadores ni por parte de los lombardos, ni mucho menos de los pueblos. Siendo esto tanto mas de estrañar, cuanto que son conocidas la condicion é índole de los lombardos, y las conmociones que su invasion ocasionó á la península. Habiendo establecido su córte en Milan Alboin, gefe de aquellos y rey de Italia, recompensó el valor y adhesion de algunos de los príncipes guerreros que le acompañaron en la espedicion, confiriéndoles algunos territorios para que en ellos egercieran jurisdiccion, segun la forma que se habia convenido. Ninguno reclamó ni nadie recibió el ducado de Roma; todos le respetaron, y el nuevo derecho público se establece y consolida en Italia, y á su virtud se arreglan y ajustan todos los acontecimientos.

Concluiremos, por hoy, y nos será lícito por lo expuesto presentar esta observacion que creemos justa y que reasume el presente artículo. La Providencia intervino visiblemente en la creacion del poder temporal, y dirigió los sucesos para su realizacion. Fue

entonces una verdadera necesidad para los pueblos, y ahora lo es para la independencia y egercicio de la soberanía espiritual de los papas. Si hasta allí la Providencia fué la creadora, desde entónces se encargará de su conservacion.

AGUSTIN SANCHEZ TORRES, PRO.

*(Se continuará.)*

---

---

## POESIAS.

---

### A DIOS.

---

#### SONETO.

No hay más que Tú: la tierra, el firmamento,  
El sol, que en anchos mares reverbera,  
Son, como el hombre y la creacion entera,  
Ráfagas fugitivas de tu aliento.

De la nada se alzaron á tu acento  
Mil mundos, publicando en su carrera,  
Que otros mil y otros mil formar pudiera  
Una palabra tuya, un pensamiento.  
Dó quier contemplo tu insondable ciencia,  
Velada en magestad y en amor puro,  
Dando esperanzas al mortal proscrito:

Y me pasma, que abraze tu existencia  
Lo que fué, lo presente, lo futuro,  
Y aún mas allá.... lo eterno, lo infinito.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

## EL EJEMPLO.

Torcido alzó su tronco  
Fresco peral lozano,  
Y torcidas sus ramas  
Alzáronse también por imitarlo.

Hojas, flores y frutos  
Sin gracia, sin encanto,  
Tan torcidos crecieron  
Que hasta tocar el polvo se inclinaron.

=«¿Por qué ¡ay de mí infelice,  
Clama el tronco insensato,  
No puedo hacer cual otros  
Que esbeltos suban mis floridos ramos?»=

=Porque siguen tu ejemplo,  
Responde el euro manso,  
Si esbeltos los querías  
¿Por qué al cielo la frente no has alzado?»=

Elocuentes lecciones  
En el ejemplo hallamos:  
¡Ay del mísero padre  
Que aparece torcido como el árbol!

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

## VOX CHRISTI.

Piscatóres hóminum, Sacerdótes mei,  
Præcónes verídici, Lucérna diei;  
Charitatis radio fulgentes, et spei,  
Auribus percípíte verba oris mei. (a)

Vos in Sanctuario mihi desérvitis,  
Vos vocabi pálmities; Ego vera vitis;  
Cavéte, ne stériles, aut inanes sitis,  
Si mecum perpetuo vívere velitis. (b)

Vos estis Catholicæ legis Protectóres,  
Sal terræ, Lux hominum, ovium Pastóres;  
Muri Domus Israel; morum correctóres,  
Vígiles Ecclesiæ, gentium Doctóres. (c)

Si legis protectio cadat, Lex labétur,  
Si sal evanuerit, in quo saliétur?  
Nisi Lux appáreat, via nesciétur,  
Et ni Pastor vígilet, ovile invadétur. (d)

Vos cœpistis víncam meam observare,  
Hanc doctrinæ rívilis debetis rigáre;  
Spinas, atque tríbulos prorsús stirpare,  
Ut radices fidei possint germináre. (e)

Vos estis in área boves tritूरantes,  
Prudentér á páleis grana separantes,

- 
- (a) *Matth.* 4. v. 19. *Marc.* 1 v. 17.  
(b) *Exod.* 28. v. 42. *Joann.* 15. v. 5.  
(c) *Matth.* 5. v. 13. *Ephes.* 4. v. 11.  
(d) *Prov.* 25. v. 26. *Lucæ* 14. v. 34.  
(e) *Matth.* 10. v. 4. *Lucæ* 8. v. 15.

Vos habent pro spéculo legem ignorantes,  
Populi imperiti, sæpé et inconstantes. (f)

Quidquid vident laici vobis displicére,  
Dicunt proculdubió sibi non licére;  
Et quod vobis ópere vident adimplére,  
Credunt esse lícitum, et culpa carére. (g)

Cum Pastores ovium sitis constituti,  
Ne fiatis désides, sicut canes muti;  
Vobis non deficiant latratus accúti,  
Lupus rapax invidet ovium saluti. (h)

Grex fidelis triplici cibó sustinétur,  
Meo SACRO CORPORE, quo salus augétur;  
Sermone Divino, qui discreté detur,  
Ciboque corpóreo, ne debilitétur. (i)

Omnibus tenémini vestris prædicare,  
Sed quid, quantum, quomodo, ubi, quandó, quare?  
Debétis solícité præconsiderare  
Ne quis in officio dicat vos errare. (k)

Spectat ad officium vestræ dignitatis  
Omnibus petentibus mea dare gratis;  
Nec cujusquam hominum munera petatis,  
Ne sicut Giezi lepram suscipiatis. (l)

Grátis EUCHARISTIAM plebi ministrare,  
Grátis et absólvite, grátis baptizate;  
Vobis data Cœlitus Sancta grátis date,  
Oviumque salutem seduló curate. (m)

---

(f) 1.<sup>a</sup> *Timoth.* 5. v. 18. *Matth.* 5. v. 16.

(g) 1.<sup>a</sup> *Petr.* 5. v. 3. *Act.* 20. v. 28.

(h) 2.<sup>a</sup> *Petr.* 5. v. 4. *Isai.* 56. v. 10.

(i) *Joan.* 6. v. 54. *Matth.* 4. v. 4.

(k) *Marc.* 16. v. 14. 1.<sup>a</sup> *ad Thim.* 4. v. 1.

(l) *Matth.* 10. v. 8. 4.<sup>o</sup> *Reg.* v. 27.

(m) *Apoc.* 17. v. 17. 1.<sup>a</sup> *Petr.* 5. v. 2.

Vestra conversatio sit religiosa,  
Munda conscientia, vita virtuosa,  
Honestatis habitus, mensque gratioſa,  
Nulla vos cõnquinet labes criminosa. (n)

Nullus fastus éleuet statum vēstræ mentis,  
Gravis intuéntibus habitus, et vestis;  
Nil in vobis ſerviat curis inhonestis,  
Claves quibus traditæ sunt Regni cœlestis. (o)

Estóte breviloqui, ne vos ad reatum  
Pertrahat loquácitas nutrix vanitátum,  
Verbum, quod loquimini, sit abbreviatum.  
Nam in multiloquio non deest peccatum. (p)

Estóte benévoli, sóbrii, et prudentes,  
Justi, casti, simplices, pii, patientes;  
Hospitales, humiles, súbditos docentes,  
Consolantes míseros, pravos corrigenſes. (q)

Nam si sic gesséritis curam pastoraſem,  
Veréque vixéritis vitam spirituaſem,  
Postquam exuérítis chlámýdem carnalem,  
Ipse vobis cõnferam stolam immortalem. (r)

- 
- (n) 2.<sup>a</sup> Petr. 3. v. 11. Rom. 13. v. 13.  
(o) 1.<sup>a</sup> Thimot. 3. v. 2. Matth. 6. v. 19.  
(p) Prov. 10 v. 19. Matth. 6. v. 7.  
(q) Hebr. 13. v. 16. 1.<sup>a</sup> Thim. 3. v. 2.  
(r) 2.<sup>a</sup> Petr. 5. v. 4. Apoc. 6. v. 11.

---

---

SECCION OFICIAL.

---

REAL DECRETO

---

Conformándome con lo propuesto por mi Ministro de Fomento, de acuerdo con el parecer del Consejo de Ministros, vengo a decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Los estudios de segunda enseñanza se dividirán en dos secciones ó períodos, cada uno de los cuales durará tres años.

Art. 2.º Los estudios correspondientes al primer período se harán en los establecimientos de segunda enseñanza que hoy existen y puedan habilitarse en lo sucesivo con arreglo á la ley, y en los colegios ó cátedras de humanidades que libremente podrán establecerse en las capitales de provincia, de partido judicial, y en cualesquiera otras poblaciones en que hayan preceptores autorizados con título para dar la enseñanza y de intachable conducta.

Art. 3.º En las poblaciones donde se establezcan estudios

humanidades, sea cual fuere el número de alumnos que á él concurran, se formará una Junta inspectora que vigile con el mayor esmero sobre la educacion y enseñanza de los jóvenes: esta junta la compondrán el Párroco, el Alcalde y un padre de familias elegido por el Alcalde entre los seis mayores contribuyentes: en los pueblos cabeza de partido judicial serán cinco los individuos de la Junta, agregándose el Promotor fiscal y otro padre de familias designado en los mismos términos; en las capitales de provincias estas casas de estudio privado, si las hubiere, serán inspeccionadas por el director del Instituto y el delegado eclesiástico del Ordinario Diocesano en la Junta de Instrucción pública.

Art. 4.º Para ingresar en el primer período de la segunda enseñanza se necesita haber cumplido diez años de edad y ser aprobado en un exámen de doctrina cristiana, lectura, escritura y principios de aritmética y gramática castellana; este exámen ha de verificarse en el Instituto provincial. Deberán hacerlo en el Seminario conciliar los jóvenes que en calidad de internos ó de externos hayan de emprender sus estudios en dicho establecimiento.

Art. 5.º Se inscribirán en listas especiales en la Secretaría del Instituto, antes de 30 de Setiembre de cada año, los alumnos que verifiquen sus estudios bajo la direccion de preceptores habilitados dentro de la provincia. Esta inscripcion es gratuita, y se hará en virtud de instancia firmada por el aspirante y por su padre, tutor ó encargado.

Art. 6.º Todos los años del 15 al 30 de Setiembre remitirán los profesores de cada provincia á la Secretaría del Instituto respectivo nota circunstanciada de los alumnos que tienen á su cargo, con expresion del año que cursan y de la nota de aplicacion y aprovechamiento que merecieron. El preceptor que faltare al cumplimiento de esta disposicion incurrirá en la pena que el reglamento determine.

Art. 7.º Los padres de familia que por maestros particulares habilitados quieran dar á sus hijos en su propia casa la enseñanza de las humanidades, ó sean tres años del primer período, podrán hacerlo, pero con la condicion de inscribir al alumno en el Instituto, previos los requisitos de edad y exámen, segun determina el artículo 4.º La Secretaría del Instituto llevará lista especial de los alumnos que se hallen en este caso.

Art. 8.º Los estudios del primer período de la segunda enseñanza serán:

Gramática castellana y latina, con ejercicios de traducción y análisis, dos años.

Retórica y poética, continuando los ejercicios de análisis, traducción y composición latinas. un año.

En estos tres años, á cuya enseñanza se consagrarán dos horas por la mañana y hora y media por la tarde, habrá los jueves y sábados, como lección de tarde, explicación del Catecismo, que los alumnos repetirán de memoria, y nociones de Historia Sagrada, cuya enseñanza estará á cargo del Párroco ú otro Sacerdote, mediante alguna retribucion. El mismo orden de enseñanzas se observará exactamente en los institutos y colegios á ellos agregados.

Art. 9.º Concluidos los estudios de este primer período, los alumnos habrán de sufrir un riguroso exámen, cuya duración no bajará de una hora de las materias estudiadas. Este exámen, que es tambien obligatorio para los que hubieren cursado el primer período en el Instituto, se sufrirá en este establecimiento ó en aquel donde el alumno vaya á matricularse para el segundo período. El que fuere reprobado en este ejercicio no podrá presentarse á él nuevamente en el espacio de un año.

Art. 10. Aprobado el alumno en el exámen general del primer período, podrá ingresar en los estudios del segundo.

Art. 11. Los estudios del segundo período se harán precisamente en los institutos, establecimientos de segunda enseñanza legalmente autorizados y en los Seminarios conciliares con arreglo á las disposiciones de Real decreto de 10 de Setiembre del presente año.

Art. 12. Comprende el segundo período de la segunda enseñanza:

Primer año: Psicología, lección alterna; geografía é historia general, lección alterna, aritmética, álgebra hasta las ecuaciones, y principios de geometría: lección diaria.

Segundo año: Lógica, lección alterna; historia de España, lección alterna; física y nociones de química, lección diaria.

Tercer año: Ética y fundamentos de religion, lección alterna; nociones de historia natural, lección alterna; perfección del latin y principios generales de literatura, lección diaria.

Los alumnos deberán aprender privadamente lengua france-

sa, de la cual se les exigirá un ejercicio de traducción en el grado de Bachiller en artes.

Art. 13. Los alumnos de los tres años de este segundo período en los institutos, asistirán por extraordinario los lunes y los viernes á la hora que el Director señale, á una explicacion de Historia Sagrada y exposicion de la Doctrina cristiana, que estarán á cargo del profesor de religion, y en su defecto, del Capellan del colegio de internos, si lo hubiere: cinco faltas voluntarias de asistencia á estas lecciones serán motivo para que el alumno sea borrado de la lista y pierda el curso.

Art. 14. La duracion de las cátedras en el segundo período de la enseñanza será de hora y media para las lecciones diaria y de dos horas para la leccion alterna. Los directores de los establecimientos cuidarán bajo su mas estrecha responsabilidad de que por ningun pretexto ni á título de costumbre ó corruptela se retrase la hora de entrada á las clases ni se anticipe la salida.

Art. 15. Ganados en la forma que queda establecida los tres primeros años del segundo período de la segunda enseñanza, los alumnos podrán aspirar al grado de Bachiller en artes en los términos que los reglamentos determinen.

Art. 16. La planta actual de catedráticos de institutos se acomodará al servicio de las enseñanzas establecidas por este decreto. Si resultaren profesores excedentes, gozarán de los derechos que la ley le concede hasta tanto que sean colocados segun sus méritos antigüedad.

Art. 17. Los institutos se regirán, como hasta aquí, por directores nombrados por el Gobierno, pero á las condiciones y requisitos que segun la legislacion vigente deben reunir, se añaden desde ahora la de ser doctores en alguna facultad ó licenciados en la de filosofia y letras ó ciencias. A los directores que en la actualidad carezcan de este requisito se les concede el término de un año para graduarse: si no lo verificasen en este plazo, cesarán en el cargo, conservando siempre su cátedra los que la tuvieren.

Art. 18. Se formará sin demora un reglamento de segunda enseñanza para la debida ejecucion de este decreto.

Art. 19. El Gobierno dará cuenta á las Córtes de las disposiciones en él contenidas.

Dado en Palacio á nueve de Octubre de mil ochocientos se-

senta y seis. —Está rubricado de la Real mano. —El ministro de Fomento, Manuel de Orovio.

Aclaratoria del decreto anterior, ha publicado la *Gaceta* la siguiente:

### REAL ÓRDEN.

#### *Segunda enseñanza.*

Para llevar á efecto lo dispuesto en el Real decreto de esta fecha, S. M. la Reina (q. D. g.) ha tenido á bien dictar las reglas siguientes:

1.<sup>a</sup> Los alumnos que tuvieran probado el primer año de la segunda enseñanza, se matricularán en el segundo curso de gramática castellana y latina.

2.<sup>a</sup> Los que hubieren probado los dos primeros años se matricularán en el de retórica y poética, continuando los ejercicios de análisis, traducción y composición latinas.

3.<sup>a</sup> Los que tuvieran probados el primero, segundo y tercer año se matricularán en el primero del segundo periodo; y en el segundo del mismo los que hubieren sido aprobados en las materias del cuarto.

4.<sup>a</sup> El estudio de la gramática castellana precederá al de retórica, ambos al de principios de literatura, y las matemáticas á la física y química.

5.<sup>a</sup> Los aspirantes al título de agrimensor probarán el curso de aritmética, álgebra hasta ecuaciones, y principios de geometría, así como principios de dibujo lineal, antes de matricularse en topografía.

6.<sup>a</sup> Para ser admitido al estudio de la mecánica industrial ó de la química aplicada á las artes se requiere haber probado el mismo curso de matemáticas, el de física y química y el de dibujo lineal.

7.<sup>a</sup> El catedrático de latin y griego dará la enseñanza de retórica y poética, continuando los ejercicios de análisis, traducción y composición latinas; y el de retórica la de perfección de latin y principios generales de literatura.

8.<sup>a</sup> Cesarán desde 1.º de Noviembre próximo las gratificaciones que perciben los catedráticos de matemáticas por la explicación de los principios y ejercicios de aritmética y geometría.

9.<sup>a</sup> Quedará excedente el catedrático mas moderno de los dos de matemáticas que hay en cada Instituto. Si ambos contaren la misma antigüedad, será excedente el que tenga menores títulos académicos; y si aun en esto fueren iguales, propondrá el Real Consejo de Instrucción pública.

Las vacantes que ocurran en aquella asignatura se proveerán en el excedente del Instituto á que corresponda, y si no lo hubiere, por concurso entre los de su clase.

10. Es libre el establecimiento de cátedras y estudios para el primer periodo de la segunda enseñanza. Respecto de los que abracen el segundo período, regirán las disposiciones de la ley y del reglamento relativos á los colegios privados de primera clase.

11. El reglamento determinará la forma en que han de hacerse las matriculas y exámenes, y los ejercicios que han de practicar los que aspiren á obtener el grado de bachiller en artes y títulos periciales.

De Real orden lo digo á V..... para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V.... muchos años. Madrid 9 de Octubre de 1866.—Orovio.—Sr. Rector de la Universidad de.....

---

Con posterioridad se han dictado las disposiciones siguientes:

En vista de la consulta elevada por los directores de los institutos de esta córte sobre el modo de llevar á debido efecto lo establecido en el Real decreto del 9 del corriente, la Reina (que Dios guarde) se ha dignado dictar las disposiciones siguientes:

1.<sup>a</sup> Los alumnos matriculados para el presente curso en las asignaturas del primer año de latin y castellano, principios de aritmética y doctrina cristiana é historia sagrada, estudiarán únicamente el primer curso de gramática castellana y latina.

2.<sup>a</sup> Los matriculados en segundo año de latin y castellano,

geografía y principios de geometría estudiarán el segundo curso de gramática castellana y latina.

3.<sup>a</sup> Los matriculados para primer curso de latin y griego, aritmética y álgebra é historia general, estudiarán retórica y poética con ejercicios de traduccion, análisis y composicion latinas.

4.<sup>a</sup> Los que estén matriculados en segundo curso de griego, geomotría y trigonometría y retórica y poética, cursarán psicología y retórica y poética.

5.<sup>a</sup> Los que estuvieren matriculados para fisica y química, historia natural y psicología, lógica y filosofia moral, estudiarán psicología, lógica, física, química é historia de España.

6.<sup>a</sup> Los que por falta de asistencia ó reprobacion, en los exámenes hayan perdido el primero ó segundo año de latin, se matricularán respectivamente en el primero ó segundo de gramática castellana y latina.

Los que hayan perdido el primer año de griego se matricularán en retórica y poética.

Los que hubieren perdido geografía ó historia general se matricularán en geografía é historia general si pertenecieran ya al segundo período.

Los que ganando el primer año de griego hubieren perdido el primero de matemáticas, se matricularán en retórica y poética, psicología y aritmética, álgebra y principios de geometría.

Los que habiendo perdido retórica y poética hayan probado (por lo menos) el primero de matemáticas, se matricularán en las asignaturas expresadas en la disposicion 4.<sup>a</sup>

Los que hayan perdido psicología, lógica y filosofia moral, teniendo probadas todas las demás asignaturas, estudiarán psicología, lógica é historia de España.

Los que en igual caso hayan perdido las asignaturas de fisica y química repetirán esta, y cursarán además historia de España y perfeccion del latin y principios generales de literatura.

Y los que habiendo probado todas las demás asignaturas hayan perdido la historia natural, se matricularán en esta asignatura, en historia de España y perfeccion del latin y principios generales de literatura.

7.<sup>a</sup> Para facilitar á los alumnos el estudio de la lengua francesa, continuarán en los Institutos como enseñanza libre las cátedras que están establecidas, y los alumnos que quierau concurrir á ellas habrán de hacer su inscripccion como los de latin.

Esta inscripción será gratuita para los alumnos que estén matriculados en otras asignaturas; pero los que la estudien sola abonarán los cuatro escudos que el actual reglamento exige á los que se matriculan en una asignatura suelta.

8.<sup>a</sup> Los seminaristas que conforme al Real decreto de 10 Setiembre último y á la Real órden de 6 del actual incorporen ó hayan incorporado sus estudios á los Institutos faltándoles asignaturas que cursar, se acomodarán en todo á lo determinado en estas instrucciones para los alumnos de los Institutos!

Los que habiendo estudiado en los Seminarios los años correspondientes no hubiesen cursado el griego, lo incorporarán sufriendo en el Instituto exámen de los dos cursos de esta asignatura.

Se prorroga hasta 31 del actual el plazo para formalizar su incorporación y matrícula á estos alumnos.

9.<sup>a</sup> Los profesores que hayan de dar la enseñanza privada del latin y de la retórica y poética presentarán al Director del Instituto en que sus alumnos deban hacer la inscripción el título de bachiller en la facultad de filosofía y letras, el de preceptor de latinidad ó el del regente en aquellas asignaturas, únicos que habilitan para esta enseñanza, además de los de doctor y licenciado en teología en caso necesario, á juicio del Rector: con dichos títulos presentarán certificaciones del Párroco y Alcalde con que justifiquen su intachable conducta, acompañadas de una comunicacion en que expresen la poblacion y local en que van á establecer la enseñanza para que, si no fuese en la capital donde está el Instituto, el Director se dirija al alcalde respectivo para hacer constar oficialmente que el profesor está habilitado para dar la enseñanza.

En las capitales donde haya dos Institutos se presentarán los documentos al Rector del distrito, quien designará el instituto en que se ha de hacer la inscripción, observando para ello el mismo orden que se guarda para los colegios privados.

10. Los colegios de segunda clase hoy establecidos podrán dar la enseñanza de los tres años del primer periodo, y además la del primer año del segundo periodo.

11. Para llevar á efecto las disposiciones contenidas en esta Real órden, las Secretarias de los Institutos abrirán nuevos registros de matrícula para el presente curso, en los cuales inscribirán á los alumnos en las asignaturas que en virtud de estas

instrucciones les corresponda cursar, procurando que esta operacion quede terminada á la mayor brevedad con el objeto de que en ningun Instituto dejen de abrirse las clases ya organizadas, conforme á lo dispuesto en el Real decreto citado y en estas disposiciones, para el dia 3 de Noviembre próximo si no pudiera efectuarse antes.

Los Directores de los Institutos darán cuenta al Rector del distrito del dia en que ha quedado hecha la organizacion.

De Real orden lo digo á V. S. para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid 16 de Octubre de 1866.—Orovio.—Sr. Rector de la Universidad de.....

---

**Real decreto sobre que los misioneros puedan usar el hábito de su orden.**

«En atencion á las razones que me ha expuesto mi ministro de Ultramar, y de acuerdo con mi Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo único. Los individuos profesos y novicios de los colegios de misioneros para las provincias de Ultramar, usarán en público miéntras que permanezcan en la Península el hábito de su orden segun regla y constituciones, pudiendo adoptar tambien el comun del Clero secular cuando las circunstancias lo exijan á juicio de sus Prelados.

Dado en Madrid á veinticuatro de Setiembre de mil ochocientos sesenta y seis.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de Ultramar, Alejandro de Castro.»

---

## FRANCIA.

Creemos de general interés los sublimes pensamientos que el Sr. Obispo de Orleans espone en su 2.<sup>a</sup> carta pastoral, cuyo testo nos apresuramos á trasladar á las columnas de nuestra Revista. Las circunstancias en que se escriben y la índole especial de su doctrina, nos privan de hacer comentarios que pudieran colocarnos en el terreno político que por hoy rehusamos. El bellissimo documento á que nos referimos dice así:

«Señores: no es feliz la época en que estamos, no; el año que llega ya á su término, no se contará en el número de los años dichosos, y en él el patriotismo, la Religion y la humanidad han tenido que derramar muchas lágrimas.

(El Prelado hace aquí una viva pintura de las inundaciones que han afligido á Francia, y en especial á su diócesis, y de los sacrificios hechos por el Clero y los institutos religiosos en favor de las víctimas. Despues continúa.)

Pero pregunto segunda vez: ¿cuál es el poder de ese elemento terrible, inexorable, que todo lo arrastra delante de sí, que todo lo derriba burlándose de nuestros trabajos, rompiendo todos los obstáculos, y al cual los diques mas fuertes solo parece que contienen para hacer que se precipite cada diez años con violencia mas espantosa? ¿A quién obedece? ¿Quién le envía? Demasiado lo olvidamos, señores, y Dios nos lo recuerda de tiempo en tiempo por medio de golpes en que es preciso reconocer su soberanía, mostrando-nos que, de buen ó mal grado estamos en su mano; que El es el Señor de todo, y que seguirá siéndolo.

Sapamos al menos acordarnos de El y de su Providencia cuando esos azotes nos visitan, y despues de haber sentido sobre estas desgracias que hieren á todo un pais, y

de haberlas aliviado hasta donde podamos, preguntémosnos á nosotros mismos si algo por nuestra parte las ha provocado si hemos hecho que llegue al cielo alguna gran iniquidad que trae sobre nosotros su justicia.

En cuanto á mí, señores, ante las desgracias que súbitamente y como el rayo acaban de caer sobre nosotros, me es imposible seguir mi camino sin mirar hácia lo alto: me veo forzado á fijar allí mi pensamiento, y os invito á reflexionar conmigo sobre las presentes desgracias y sobre tantas otras que antes nos han ocurrido ó que para adelante nos amenazan.

Cuando considero lo que pasa en este momento en el mundo, un recuerdo evangélico surge en mi corazón y se apodera de todo mi ser, obligándome á señalar hasta que punto las expresiones de que se sirve Nuestro Señor para anunciar las malas épocas, se adaptan por una coincidencia perfecta á los tiempos en que estamos y á los azotes que nos hieren.

Nuestro Señor habla en el Evangelio de aquellos tiempos en que solo se oirá hablar de luchas y de revoluciones: *Cum audieritis pradia et seditiones*; de guerra y de rumores de guerra: *bella et opiniones bellorum*, y en la que también debe haber terremotos, pestes y hambres amenazadoras: *et terra mutui magni erunt, per loca et pestilentia et fames*.

Y vuelvo á preguntaros: ¿Cómo dejar de sorprenderse y de encontrar en estas advertencias de Nuestro Señor algo de lo que hoy vemos y estamos sufriendo?

Yo no soy seguramente de esas almas que desfallecen que no saben sino asustarse y gemir, produciendo á su alrededor un espanto indiscreto. Sé, por otra parte, que en esta sociedad envejecida hay nobles almas, todavía, virtudes cristianas, fuerzas vivas que rejuvenecen para el bien; sé cuántas tempestades ha sufrido la Iglesia de Jesucristo á través de los tiempos y de las edades, y cuántas nuevas tiene aun que pasar.

Pero veo también que el mal crece y toma proporciones nunca oídas. Y si Fenelon en el siglo XVII pudo exclamar presintiendo la revolución francesa: «El día de la ruina está próximo, y los tiempos se apresuran á llegar;» yo, al ver también el torrente que crece, no puedo dejar de conmoverme.

Lo digo friamente. he pasado por muchos dias malos, pero no he encontrado ningunos tan amenazadores como estos en que estamos.

He oido en estas últimas épocas gritos irreligiosos como nunca llegaron á mis oidos, y puedo decir con San Pablo: El misterio de la iniquidad se está formando. *Mysterium jam operatur iniquitatis.*

Hace diez años que la iniquidad ha tomado entre nosotros un carácter espantoso, el que San Pablo definió tan concisa como enérgicamente en estas palabras: *Extollitur super omne quod dicitur Deus aut quod collitur*: todo lo que es Dios, religion, culto, se vé hoy perseguido por la impiedad, que se encuentra en todas partes, hasta un punto y con audacia tal que nunca se habia visto cosa semejante.

Si; cuanto mas pienso en ello, señores, mas encuentro en las palabras de Jeucristo y de las Santas Escrituras que acabo de citaros, materia de grave y necesaria meditacion, en medio de todas las desgracias que hemos sufrido y de las que aun estamos temiendo.

Porque, en fin, ¿es dado ni aun á las cabezas mas ligeras y que menos reflexionan separar sus miradas de los azotes que nos están consternando?

¿Cuánto tiempo hace que la guerra estaba desolando dos grandes países, mientras nosotros la estábamos tambien temiendo? ¿Y en estos momentos no oís por todas partes, á pesar de los tratados de paz, rumores de guerra? ¿No veis que en todas partes los pueblos recurren apresuradamente á armamentos formidables, á instrumentos de destruccion que el pasado no conocia? De suerte que las invenciones más mortíferas se propagan con una emulacion fébril entre los pueblos europeos, y marchan á la cabeza de los progresos de la humanidad.

Y al mismo tiempo que las calamidades de la guerra caian sobre dos poderosas naciones, un azote mas terrible aun, la peste, el cólera, paseaba y pasea todavia por toda Europa sus estragos misteriosos; penetraba en nuestra Francia, cubria de luto nuestras mas populosas ciudades, y en estos momentos ronda á nuestro alrededor, como el leon de que habla la Escritura: *Circuit quærens quem devoret.*

Aun hace poco tiempo que un espantoso temblor de tier-

ra cubria de ruinas una de nuestras mas florecientes colonias, la Guadalupe, y aun no habiamos terminado las cuestaciones que la solicitud del Gobierno nos pidió para ese gran desastre, cuando se hacia necesaria otra cuestacion para nuestra colonia africana que veia pasar sobre ella nubes de extraños invasores, formidables legiones de langostas que todo lo devoraban, formando el desierto á su paso. Y entre nosotros, en el centro de Francia, despues que un terremoto comovi6 de pronto nuestro suelo, nuestros rios llegan á desbordarse y pasean la devastacion por sus orillas,

Pero aun hay otra cosa que tiembla mas que el suelo que nos sostiene, y es la sociedad en que vivimos: los males sociales se desbordan y nos inundan de un modo mas amenazador que nuestros rios.

Las doctrinas impias y revolucionarias ya no siguen soridamente su camino bajo la tierra; tambien han roto sus diques y no sé que poder misterioso las desencadena y las estimula. Se les vé hoy seguir su obra como nunca lo han hecho, es decir, con una tranquilidad y una seguridad del éxito que ya no trata de ocultarse. Así los azotes del órden social se dan la mano con los azotes del órden físico, y ¿hemos de admirarnos de ello, cuando se vé el estado de las almas y de las conciencias? En lo alto de la sociedad se ve esa elegante y espantosa corrupcion de que de tiempo en tiempo nos habla la prensa; abajo se sienten las pasiones mas amenazadoras que apenas se contienen: en todas partes surge el desbordamiento de los mas subversivos errores, la guerra á Dios y á la Iglesia, mas universal, mas encarnizada que nunca.

Sí, y hé aquí sobre todo lo que me asusta y me hace temer para los últimos dias de este siglo las últimas calamidades. La guerra á Dios y á la religion toma mayores proporciones de dia en dia; el ateísmo marcha con banderas desplegadas, y bajo este punto de vista el siglo XVIII ha quedado muy atrás. ¿Hay quien dude de ello? Pues escuche.

Dia por dia nuevos rumores de esa guerra llegan á todo el mundo, daa en los ojos y en los oidos á todos los que ven y á todos los que oyen. Recordad, señores, como señales del tiempo en que estamos, solo algunos hechos entre tantos otros que podrian citarse: el Congreso de los estu-

diantes en Lieja; el Congreso internacional de los obreros en Ginebra: la francmasonería y esa demagogia italiana que ha encontrado ¡ay! ó comprado tantos ecos en Francia.

¡Guerra á Dios! Tal es el grito de impiedad loca dado en ese Congreso de Lieja por jóvenes alimentados con doctrinas, cuyos maestros, aplaudidos y mimados por la fortuna, florecen hoy entre nosotros.

Lo he dicho há poco tiempo en una *advertencia á los padres de familia*, y los hechos han venido harto pronto á darme la razon: todos esos jóvenes y elegantes filósofos todos esos gallardos escritores que destilan el veneno con una mano blanca y lo presentan en copas doradas á la juventud, son en este punto, los principales y primeros culpables. La juventud de Lieja no ha hecho sino traducir en un detestable, pero franco lenguaje, las doctrinas panteistas materialistas y ateas de esos señores.

Pero para medir la grandiosidad del mal y el estrago de las doctrinas propagadas hoy en la juventud, es preciso atender á los pormenores, prestar oído al acento de las palabras, observando el espantoso acuerdo que se ve entre esos jóvenes de Lieja, los obreros de Ginebra, los francmasones de Paris y los revolucionarios italianos.

Uno de esos jóvenes se declara desde luego francamente materialista, y exclama que todo hombre de progreso tiene que ser hoy lo que él es.

Otro no titubea en decir que con el espiritualismo no existe la moral...

Otro que la moral evangélica es falsa y fatal; que es preciso eliminarla de la enseñanza de la juventud, porque conduce á la depravacion de los ánimos.

Y continuaba: «La discusion está entre Dios y el hombre, y es necesario hacer saltar la bóveda del cielo como si fuera un techo de papel.»

Otro de aquellos jóvenes, un solidario habla de establecer un culto que se llame el ateismo. Lo que quiere en el orden religioso es la ruina de toda religion, la negacion de Dios; en el orden social la ruina de la propiedad, la abolicion de la herencia; y ¿quién realizará toda esa obra? La revolucion á la que define, uno, «materia que está en fusion semejante á la lava de los volcanes;» otro «rayo que iluminará, dice, aquellos á quienes hiera.»

Por último, esclaman: «Que no haya mas autoridad ni mas fuerza que la fuerza revolucionaria.» Y para eso uno de ellos, en la última sesion que tuvo lugar en Bruselas, decía:

«Si la propiedad resiste á la revolucion, es preciso por decretos del pueblo acabar con la propiedad; y si hay necesidad de guillotina, no retrocederemos; y si la clase media resiste, acabaremos con la clase media. Ciudadanos, ya lo sabeis; la clase media es un conjunto de ladrones y asesinos, y la revolucion es el triunfo del hombre sobre Dios. Así, pues, ¡guerra á Dios! ¡odio á la clase media! ¡odio á los capitalistas!»

Las mugeres no deben quedar fuera del movimiento revolucionario, porque Eva fué la primera que dió el grito de sublevacion contra Dios.

Hablo de la guillotina, pero solo quiero concluir con los obstáculos. Si 100,000 cabezas son un obstáculo, que caigan; que caigan, sí, porque nosotros no tenemos mas amor que hácia la *colectividad humana*.»

Despues de esos abominables discursos, como ningun orador pidiera ya la palabra, el ciudadano presidente se levantó y dijo:

«Hemos asistido á una *fiesta fraternal*; no quiero dar gracias á nadie, porque todos tienen la conciencia de haber cumplido con su deber, y esto basta.»

Sí; seguramente basta..... aun cuando aquí solo se trata, señores, de un lenguaje de estudiantes, la cosa seria ya horrible; pero ese Congreso se inauguró por el primer magistrado de la ciudad de Lieja, por un antiguo ministro que en su discurso de apertura llamaba á aquellos jóvenes «lo mas selecto de la juventud estudiosa, los jóvenes apóstoles de la libertad y del progreso, los soldados de la civilizacion, los representantes mas autorizados y mas dignos de los principios de la conservacion social.»

Y por otra parte, como ya lo hemos dicho, esos jóvenes no eran allí sino el eco de enseñanzas detestables; nuestros profesores de ateismo son los que en Lieja hablaron por sus lábios. Otra cosa debe especialmente señalarse aquí, segun queda dicho, y es el llamamiento de esos jóvenes á los obreros, el concierto de los obreros con esos jóvenes. Se proclamó en su Congreso que la revolucion se salvaria por la

alianza de los estudiantes y de los obreros, y hé aquí que muy luego, recientemente, otro Congreso internacional, compuesto de obreros, tiene lugar en Ginebra; y hé aquí que en la discusion de las cuestiones capitales para las masas del pueblo y de las sociedades, se separa de la discusion á Dios y á la Religion, ¿sabeis por qué? ¿Creeis que por respeto? Pues nada de eso: «porque Dios es una hipótesis metafísica é inútil, y porque se ha reconocido que las ideas religiosas son funestas al pueblo y contrarias á la dignidad humana.»

En ese mismo Congreso se planteaba la cuestion de *la moral independiente de la religion*, se hablaba de organizar en Europa una inaccion inmensa é invencible de los obreros, y se rechazaba la intervencion de toda autoridad y de todo Gobierno en la cuestion social. «Hé aquí, segun el mismo periódico, *la libertad, el torrente que sube y que dentro de veinte años lo cubrirá todo*, y hé aquí tambien, segun otro periódico le llamaba, una francmasonería nueva, cuyos afiliados llegarán un dia á contarse por millones de hombres que reciban la palabra de orden de un comité oculto; hé aquí la revolucion capital del Congreso de Ginebra.

Hace aun pocos dias que los periódicos nos traian tambien otra revelacion de esa guerra profunda, emprendida de concierto contra la religion y la sociedad. Ya no se trata aquí de palabras, de doctrinas; se trata de sustraer al hombre de la religion en todos los momentos de la vida, y especialmente en la hora solemne de la muerte, y se organizan comités con ese objeto. En una de las lógias masónicas establecida hace tres años se ha querido formar un comité: ¿sabeis para qué? Para arrojar á la religion del lecho de los moribundos.

Dicen sus estatutos:

«Los miembros del comité se *comprometen* á morir fuera de todo culto religioso. Propónense tambien practicar públicamente esos principios, y propagarlos por *todos los medios morales y materiales* que sirvan para el objeto.»

Por lo demás, para esas lógias, las religiones reveladas son la negacion de la conciencia, y ya se vé que la identidad entre estas opiniones y las del Congreso de obreros de Ginebra, es completa.

Y estos *libres pensadores*, segun la calificacion que ellos se dan y que se entregan en cuerpo y alma al comité, abdican en

sus manos la razon y la conciencia; y ese comité, empleando el mas odioso de los despotismos, les declara ligados y obligados para con él de tal suerte que solo él y le á su cabecera, de modo que en aquella hora el moribundo no tenga á su lado ni padre, ni madre, ni hijo, ni hermano: sino el francmason; no existirá para él lazo de Religion ni de familia; no habrá nada sino ese comité y su tiranía.

¡Os admira, señores, el oír estas palabras! pues sabed que ese despotismo impío es la última palabra, el objeto supremo de la democracia irreligiosa y socialista; y ese es á mis ojos el mayor peligro de los que en estos momentos nos amenazan, porque, gracias al profundo extravío de esa democracia que se complace gratuitamente en ahondar el abismo entre ella y nosotros, se prepara la tiranía de las almas bajo el nombre de libertad; se trata de renovar bajo otra forma la obra de la Convencion de 1793.

La instruccion gratuita y obligatoria, separada, como se la quiere y se trabaja por conseguirlo, de la religiosa, sería el instrumento mas inicuo y mas violento de esa tiranía para con todos los hijos del pueblo, y, si es necesario, al dia lo demostraré.

En fin, para completar este triste cuadro, ¿será necesario que os recuerde que ayer mismo el héroe de la demagogia italiana, ese hombre ridiculo, cuya influencia excede de mucho á su persona, ese Garibaldi renovaba en Florencia una insolenia que aplaudian los ministros de Victor Manuel: sus antiguas amenazas contra la Iglesia, contra Roma, contra el Papa? «Amigos míos, decia á sus camisas rojas: es tanto que no queden vencidas las sotanas, la pátria no será libre ni feliz.» Y en vano añadia que no deseaba la muerte de nadie, porque ya se sabe cómo ha aplicado esta teoria en Nápoles y otras partes. Y ese es el mismo hombre que decia á los estudiantes de Pavia: «Amigos míos, es preciso acabar con el vampiro sacerdotal, es preciso esterminar las sotanas, es preciso extirpar de Italia el cáncer del Papado, es preciso aplastar al Clero con las losas de las calles.» Y hoy que vuelve de la guerra victorioso en diez derrotas se hace el suave por un instante, y se contenta con decir: «No vayais á Misa, porque si vais, dareis á los Curas medios de perjudicaros.»

Después, volviéndose á los enganchados de Roma, y recobrando su acento de costumbre, añade: «No pasará el año, así lo espero, sin que volvais á Roma, libertada ya del yugo odioso del sacerdocio.» Y M. Ricasoli, el jefe del Gabinete italiano, estaba allí y aplaudía; así lo dicen los periódicos, y sí no es así que lo desmienta.

Deléngome aquí, porque ya comprendéis que no puedo descender á otros detalles revelándoos otras cosas que os horrozarían aun mas.

Un día llegará en que el porvenir señale ese acuerdo profunlo y amenazador entre las doctrinas religiosas y las doctrinas revolucionarias, y á la vez la coincidencia de todos esos azotes del orden físico, moral y social, con esa guerra encarnizada que se hace á Dios, y con ese último atentado contra la Iglesia, cuyo término fatal, señalado por los revolucionarios, viene sobre nosotros los cristianos, estupefactos é inmóviles..... No puedo, señores, dejar de decirlo: nuestros enemigos tienen un arte singular para adormecernos; hémos aquí con los brazos cruzados, sin atrevernos siquiera á presentar las protestas del honor.

Sin duda esas protestas serán imponentes: pero al menos serian vengadoras: sí, vengadoras, porque siempre quedará degradado aquello que el honor y la conciencia degradan, y los culpables llevarán por siempre tal estigma que no pueda ser borrado. Pero como si todo debiera consumarse en el silencio, nos miramos, nos callamos, y esperamos la catástrofe inevitable, del mismo modo que estos dias desde lo alto de nuestros puentes contemplábamos tristes é impotentes al rio que crecía, y crecía siempre arrastrando consigo propiedades y cosechas.

Y Dios nos advierte, y nada comprendemos: Dios nos castiga, y nada comprendemos: las pestes en los animales y en los hombres, las guerras, los terremotos, las inundaciones tienen sobre nosotros en competencia, y nada comprendemos: se proclaman las doctrinas mas perversas, se proclaman los principios que amagan como astros estraviados nuestras cabezas, y nada comprendemos. Ya se comprenderá un día, pero ¡ay! demasiado tarde, porque querrámoslo ó nó, es preciso que se realice la ley providencial del mundo, por la cual, y lo mismo en las sociedades que en los individuos,

sigue siempre segun lo decian los mismos paganos, la justicia á la iniquidad. Anda lentamente, pero con seguridad.

Esta ley tiene sin duda sus misterios, y Dios la aplica como le parece, sin que conozcamos sus secretos: lo que se sabe es que la ley es segura, que nadie escapa á su accion, y que, mas pronto ó mas tarde, al mal sigue la desgracia.

*Justitia elevat gentes, miseros autem facit populos peccatum.*  
La justicia eleva á los pueblos, pero el pecado los hace infelices. La historia lo proclama con la misma elocuencia que el libro sagrado, y cada siglo lo atestigua como si la Providencia le encargara que lo repitiera á las generaciones irreflexivas, como aquel gran culpable de los antiguos tiempos.

*Discite justitiam moniti et non temere divos.*

Que la sublevacion llegue al último término, que se amontonen sofismas sobre sofismas, no por eso se arrojará á la Providencia del mundo, ni á la justicia de Dios de la historia.

La historia execrará á los que han traído y consumado los atentados de que somos testigos. Se sabrá qué cuesta á un siglo el llevar la mano sobre el Cristo del Señor, y lo que cae alrededor de esa columna conmovida del orden, de la justicia y de la sociedad. Si; se me llamará si se quiere un profeta de desgracias, pero poco importa; lo que se prepara en Europa es espantoso, yo no lo veré, pero lo anuncio. Sépanlo los defensores del Papa, sean lo que sean, han sido los defensores de la sociedad en peligro.

Si los católicos de todos los países, si los cristianos de todas las comuniones, si todos los hombres de orden, todos los que piensan y tienen un corazón se dejan cegar y adormecer, si no se comprende que es necesario un gran acuerdo entre todos los hombres honrados, todo se ha perdido.

Dios que es á veces tan formidable en su justicia, es mas admirable aun en su misericordia. Dios hiere, pero cura. *Percutit et sanat.* Deja caer al hombre y á las sociedades en los abismos pero los saca al llegar su hora. *Deducit ad infernos et reducit.* Ha dado á las naciones la calidad de poder sanar. *Sanabiles fecit nationes orbis furarum;* y aun hay en nuestro país, si se dedican al bien, bastantes fuerzas generosas y bastantes virtudes que combatan con el mal.

En cuanto á los que creen que al ponerse en frente de las fuerzas subversivas se les contendrá, se hallan en un

error fatal. ¡Oh! ligereza del espíritu frances, tan pronto para turbarse como para olvidar la causa de su espanto. ¿No os acordais de 1848? ¿Está hoy el suelo mas firme que entonces? ¿Nos amenaza ménos el torrente revolucionario, engrosado por todos sus triunfos?

Señores: en tal estado de cosas, en medio de las desgracias pasadas y de los peligros futuros, siento la necesidad de deciros que ha llegado el tiempo de hacer que suba á Dios mas apremiante que nunca el grito de vuestras oraciones.

Sí, oremos; oremos, señores. Ya no sabemos orar: no sabemos levantar los ojos y las manos al cielo; olvidamos cuán poderoso es el auxilio de la oracion que conmueve al cielo y separa los golpes de la justicia divina, ¡Dios mio! ¡No lleveis á cabo vuestras amenazas! ¡Oh Dios mio! ¡No dejéis caer sobre nosotros vuestro brazo irritado! Libradnos del mal, Señor, causa primera de nuestros castigos, y de esos mismos castigos, y dadnos la paz para nuestros tristes dias. *Libera nos á malo: Da pacem Domine in diebus nostris.*

Por estas causas Nos ordenamos lo que sigue:  
1.º Hasta fin de la Cuaresma próxima todos los Sacerdotes recitarán en la santa Misa las oraciones *Quacumque necessitate*. Misal, pág. 59.

(Siguen otras disposiciones análogas.)  
Orleans, 9 de Octubre de 1866.

## ROMA.

### ALOCUCION DE S. S.

*El Observador Católico* de Milan, nos dá á conocer el discurso pronunciado por Su Santidad en el Vaticano, con motivo de la promulgacion de los decretos relativos á la canonizacion de los Beatos Pedro de la Croix y Leonardo de Port Maurice.

Léase este documento y júzguese; pero en sus juicios olviden los fieles hijos de la Iglesia, que ni esta ni el Pontificado pueden perecer, y que allá en la consumacion de los siglos la Iglesia militante, sin interrupcion, sin solucion de continuidad entrará en la Jerusalem celestial en la sociedad perfecta de la bienaventuranza. La maravillosa serenidad de Pio IX se funda indefectiblemente en una de dos cosas: ó espera ver el triunfo de la Iglesia antes de morir, ó espera con la misericordia de Dios, su propio triunfo, el premio de los justos, si perece.

Dice así el documento á que nos referimos:

«Importa que en esta capilla, que forma parte del templo mas grande del mundo católico, y que está consagrada á la Virgen Inmaculada y al Seráfico Patriarca de Asis, se lean los decretos de canonizacion de dos fieles servidores de Maria, de dos hijos de San Francisco. Es igualmente justo y razonable que en la misma capilla donde el bienaventurado Pablo de la Croix ofreció por vez primera el incruento sacrificio con el Pontífice que le consagró Sacerdote, se promulgue el decreto de su solemne canonizacion.

«Yo me pregunto en este instante por qué en los tiempos calamitosos en que vivimos, el Señor ha querido mostrarnos en una multitud de bienaventurados y de Santos colocados recientemente en los altares, el ejemplo de tantas almas que, contentas con seguir las prescripciones de la ley cristiana, cumplieron con virtud heroica los consejos de la perfeccion evangélica. ¿Habrás sido para indicarnos los medios por los que podemos librarnos de los males que nos abrumen, es decir,

la práctica de la virtud y el horror al pecado, toda vez que, cualquiera que sea la causa á que atribuimos esos males, la primera se encuentra en nuestros pecados? En la ley antigua diez almas justas bastaron para libentar á una ciudad de un terrible castigo. ¿No existirán, pues, hoy en esta ciudad de Roma diez, veinte, ciento y mas almas justas? Si el efecto es diferente, débese á los tiempos. Entonces no se habia visto el milagro de un Dios humillando su naturaleza hasta tomar la humana: no se habia predicado todavia la doctrina evangélica, y el Divino Redentor no habia empapado la tierra con su preciosa sangre.

«Lloramos por los azotes que nos castigan, y nunca lloramos bastante; pero lloramos inútilmente mientras no logremos convencernos de una vez de que el pecado es la verdadera causa.

«Sin hablar de las blasfemias, de los sacrilegios y de la profanacion de los altares, ¡cuántos que confiesan á Dios tienen sus corazones fijos en las cosas de la tierra, sin elevarlos jamás hácia la señal de salud, hácia la cruz! ¡Ah! volvamos hácia ella. Yo soy el primero en prosternarme á los piés de esa cruz, yo la abrazo implorando misericordia. Hagamos todos lo mismo si queremos alejar de nosotros los castigos que hemos merecido. Unido á esa cruz, comprendo mejor la verdad de este texto de Tobías: *Quia acceptus eras Deo necesse fuit ut tentatio probaret te.* Comprendo mejor la parábola de Lázaro, á propósito de la cual uno de nuestros grandes Pontífices que han ocupado esta Silla sobre la que yo me siento, á pesar de mi indignidad, dijo: *Pauperem fecit ut divitem faceret. Hic servatum ad gloriam, ille ad penam.*

«Junto á esta cruz, á esta bandera de salud, os bendigo. Bendigo á esta ciudad, centro del mundo católico, á fin de que Dios se digne preservarla de los peligros que la amenazan, á fin de que se conserve siempre fiel y merezca por su humildad ser libertada, á fin de que sus enemigos exteriores se mantengan siempre separados, y que sus enemigos interiores no logren lo que pretenden. Bendigo á los millares de habitantes de esta desgraciada Península, y bendigo á Italia para que Dios le conserve el precioso tesoro de la fé de Jesucristo. Bendigo al universo católico, y bendigo

especialmente á los pecadores católicos para que se conviertan de corazón.»

Al llegar á nuestras manos el siguiente parte legráfico hemos sentido la mas viva impresion; y nuestro corazón se ensancha lleno de confianza para el porvenir de la Iglesia. Pio XI sufrirá el martirio antes de transigir con exigencias demagógicas, anti-sociales y revolucionarias.»

Roma, 30.—En su alocucion del último Consistorio el Padre Santo lamentó las persecuciones dirigidas por el gobierno italiano contra la Iglesia y el Clero.

Protesta contra las usurpaciones de las provincias pontificias y el proyecto de hacer de Roma la capital de Italia, declarando que está dispuesto á sostener hasta la muerte los derechos de la Santa Sede, y buscar, si es necesario, en el extranjero, la seguridad indispensable para el mejor ejercicio del ministerio apostólico.

Declara que Rusia viola el Concordato de 1848, y recuerda las persecuciones ejercidas contra el Clero polaco.

---

---

# VARIEDADES.

---

## LOS DOS AMIGOS.

---

### CUENTO.

*(Continuacion.)*

Admirado Gisipo de aquella estraña relacion, permaneció algun tiempo silencioso. Aunque su amor por Sofronia no fuese tan violento como el de su amigo, era suficiente para contrariar por un instante su generosidad; pero al fin esta pudo triunfar. Enternecido por las lágrimas de Tito le respondió tambien llorando:

—«Amigo del alma, si esta fuera ocasion de convenciones, me quejaría de tí por haber podido ocultarme tanto tiempo la ardiente pasion que te consume. Tus dudas sobre la honradez de esta pasion, te han obligado á ocultarla, y debes saber que nada de lo que pasa en nuestro corazon debe esconderse á la amistad. Esta debe leer en él nuestros sentimientos para aprobarlos si son dignos, y censurarlos con valor si no lo son. A mí no me estraña que ames á Sofro-

nia; lo contrario me sorprenderia mas. Su rara hermosura ha debido causar en tu noble corazon honda impresion, y el amor que le profesas es justo. No lo es tanto que te quejes de la fortuna que me la concede por esposa, creyendo, aunque no me lo confiesas, que si perteneciese á otro podrias amarla con menos escrúpulos.

Cualquiera otro en la posicion en que me hallo hubiera preferido su satisfaccion á la tuya, pero de mí debes y puedes esperar otra cosa. Es cierto que soy el prometido de Sofronia, que esperaba el dia de mi matrimonio con la impaciencia del amor; pero puesto que esta pasion tiene en tu corazon mas energia que en el mio, pues que tú has sabido conocer mejor que yo el mérito de la que es objeto de ella, yo te prometo que Sofronia no será ya mi esposa sino tuya. Deshecha, pues, tu negro pesar; destierra los tristes pensamientos que te acosan, recobra tu salud, tus fuerzas y tu jovialidad, y espera con calma y alegría la recompensa que tu no sabrias negar á la amistad mas generosa que ha existido.»

Este discurso de Gisipo redobló la vergüenza de Tito, cuyo sentimiento no podia disminuir la dulce esperanza de poseer á la que amaba. La razon le hacia ver que cuanto mas grande fuese la generosidad de Gisipo, menos debía consentir su sacrificio. Confundido, anegado en lágrimas y sollozos, apenas pudo balbucear esta respuesta:

—«Gisipo, lo que tú haces me indica bastante lo que yo debo hacer. Los dioses no quieren que yo reciba por esposa á la que te han destinado. ¡Tú eres mas digno de ella! Cumple su voluntad. El tiempo me ayudará á vengar mi dolor.»

—«Tito, replicó Gisipo: si las leyes de la amistad pueden darme derecho á que me obedezcas, en esta ocasion es cuando desplegan su autoridad. Te lo repito. Sofronia será tu esposa. Yo sé cual es la fuerza y el imperio del amor. Sé que más de una vez ha conducido á los amantes á un fin funesto, y te veo tan débil, que no creo posible que resistas al dolor. Serías vencido, sucumbirias bajo el peso que te abruma, y tu amigo no podria sobrevivirte. Así, aun cuando no atendiese mas que al deseo de mi propia conservacion, es preciso que te cases con Sofronia. Tú la amas demasiado. Ninguna otra muger te será tan querida. En cuanto á mí, me siento con bastante resolucion para olvidarla. Acaso sería menos generoso si las mugeres amables no abundasen mas que los buenos amigos. Por esto, si mis súplicas tienen algun poder sobre tí, te ruego que disipes el triste pesar que te corroe, que vivas en la mas dulce tranquilidad y esperes de la amistad el premio del amor.

Aunque Tito tuviera todavía escrúpulos para aceptar á Sofronia, el discurso de Gisipo acabó de seducirle.

Los dos amigos se abrazaron con efusion, vertiendo lágrimas de regocijo.

En seguida se consagraron á buscar los medios para realizar su proyecto. Lo mas honroso era participar á Sofronia y á sus parientes lo ocurrido, y remitir el pleito á su generosidad. Gisipo se encargó de esta penosa comision. Enterados los parientes y su prometida del caso, al principio manifestaron una gran sorpresa; pero fueron tales las razones que alegó el griego en pró de su amigo, que al fin no pudieron ménos de convencerse y persuadirse de que su de-

manda reconocía por causa motivos de una grande y delicada amistad. Por otra parte, como Tito era un jóven rico, bello, sábio, virtuoso y gozaba de la alta posicion de los ciudadanos romanos, de quien Grecia era esclava en aquel tiempo, no se juzgaron perdidosos en el cambio.

(Se continuará.)

---

«Un eclesiástico suizo muerto el invierno último, Mr. Mathgo, ha dejado una obra escrita en 29 idiomas.»

Esto prueba la oscuridad dei clero y de la Iglesia, que tanto se esfuerzan los incrédulos en presentar como una rémora al progreso.

---

Habiéndose concluido la tirada de nuestro primer número, y siendo muchos los pedidos que se nos hacen por nuevas suscripciones, hemos hecho reimprimir los pliegos de las Conferencias del Excmo. Sr. Conde de Frayssinous, así como la refutacion á la carta dirigida á los Presbíteros Españoles, por el Sr. Aguayo: lo cual remitiremos con la rebaja correspondiente ó sea el solo costo de imprenta en equivalencia de dicho número.

---

Los Sres. Sacerdotes que deseen suscribirse á esta REVISTA, podrán hacerlo aplicando 9 Misas rezadas por el estipendio de 6 rs., y por la intencion de la persona piadosa que las ha consignado en nuestra Redaccion, remitiendo el recibo en forma; con lo que dejarán abonado un año de suscripcion.

En el animal se echa de ver el instinto que le dirige; aquella fuerza desconocida, pero cuyos efectos vemos, y que le domina de tal modo que, en todos tiempos y lugares, hace uniformemente las mismas cosas. Hay tambien en el hombre, en ciertos casos, una especie de instinto ó causa indeterminada y ciega de lo que hace. Por él comprime un niño recién nacido el pecho de su madre para sacar su alimento, y los ojos heridos por una luz demasiado fuerte se cierran con rapidez: por este instinto presentamos las manos en una caída para libertar la cabeza: por él cuando sostenemos un peso por un lado, inclinamos el cuerpo hácia el opuesto para hacer el equilibrio, y ejecutamos todos estos movimientos y otros muchos semejantes de un modo puramente maquinal é indeliberado y sin premeditacion; siendo de notar que el mas estúpido aldeano sabe y ejecuta todo esto con tanta perfeccion como el hombre mas sábio y el maquinista mas consumado: y hé aquí como por el instinto se asemeja el hombre algunas veces al bruto.

¿Qué otra cosa veis además en el hombre? Que por sus órganos, sea interiores ó exteriores, recibe impresiones involuntarias, sensaciones de frio ó de calor, de alegría ó de placer, de hambre y de sed, las cuales se refieren á su bien estar, á su conservacion, y á su salud; en una palabra, que tiene una alma sensible. Nada nos impide conceder alguna cosa semejante á los animales, como creer que el fiel compañero del pastor es sensible á la mano que le acaricia y le castiga; que el caballo es dócil por sentimiento al que le guia; que los animales en general experimentan sensaciones relativas á sus necesidades físicas, y á la conservacion de su especie: bajo de este aspecto pueden tener una alma no semejante á la nuestra, pero sí de una naturaleza inferior y capaz de sentir. ¿Y en dónde se encuentra que la religion condene semejante opinion? ¿Desde cuando ha impuesto la obligacion de creer que los animales son como las plantas, que vegetan y crecen sin experimentar la sensacion del calor que las vivifica, ó de las lluvias que las riegan? Cuando nuestros santos nos hacen una pintura tan magnífica por su sencillez de las obras de la creacion, se contentan con decir que Dios cubrió la tierra de plantas colocando en cada especie la semilla que debia reproducirlas; pero hablando de

los animales los llama hasta tres veces *una alma viviente* por lo que nada nos prohíbe conceder á los animales una alma sensible como la del hombre, hasta cierto punto.

¿En qué consiste, pues, la diferencia? Vedla aquí, señores. Observad los animales; vereis que caminan siempre de un mismo modo, y que sus acciones son constante y generalmente las mismas: incapaces de nuevas combinaciones, ni inventan ni perfeccionan: los hijos no saben mas que sus padres, y lo que saben es sin haberlo aprendido. ¿Qué animal ha descubierto un modo nuevo de defenderse, de ponerse á cubierto de las asechanzas del hombre, de construir su morada y de vivir en sociedad? La golondrina del Mogol construye su nido del mismo modo que la de Europa: al otro lado del Vístula, como mas allá del Ebro, la abeja fabrica sus panales con la regularidad mas uniforme, y el castor no es hoy mas ni menos hábil que lo era hace dos mil años. Esta rigurosa é invencible uniformidad parece suponer que los animales son mas bien movidos por una fuerza, cuya direccion no está á su arbitrio, que por una razon que medite, combine y se determine eligiendo. Sobre todo, ¿quién se atreverá á decir que el animal puede elevarse hasta el autor de su ser, que admire sus divinas perfecciones en la belleza de este mundo, que conozca el órden y la virtud, que siga las leyes é impulsos de la conciencia, y rinda al Criador homenajes voluntarios? Ved, por el contrario, ¡qué admirable variedad en las obras del hombre! Cada dia hace nuevos descubrimientos, manda á la materia por medio de las artes y de las ciencias, y cambia la faz de la tierra. Abrazza en su comprension todas las obras del Criador, para admirar en ellas la suprema Sabiduría, unas veces patente y otras oculta, pero siempre adorable; y se eleva por último al conocimiento del bien, de la verdad y de la eternidad.

Ahora, señores, nos es ya fácil responder á las dificultades de los materialistas, y podemos decirles: ¿quereis, como Descartes, que los animales sean puras máquinas sin pensamientos ni sensaciones? Pues bien, entonces no es extraño que carezcan de alma, y no puede hacerse el menor paralelo entre ellos y nosotros, que pensamos y sentimos sin que nos sea posible dudarlos. ¿Queréis al contrario concederles sensaciones y pensamientos? En este caso se os puede desafiar

altamente á que probeis que no tienen alma, no diré como la del hombre y tan perfecta en sus facultades; pero sí una alma cuya existencia esté limitada á la del animal, y cuyas funciones se dirijan á la conservacion y necesidades físicas del mismo (1).

¡Cosa singular! ¡El hombre, señores, soberbio hasta el punto de abrogarse lo que procede del Criador, y de mirar con zelos el bien de su semejante, hace hoy esfuerzos prodigiosos de ciencia y de ingenio para persuadirse que las bestias valen tanto como él, y que se diferencia muy poco de ellas! Pero al mismo tiempo que se degrada al hombre hasta nivelarle con las bestias y aun con las plantas, se quiere ennoblecer á estas concediéndoles las facultades é inteligencia del hombre. Se ponderan las inclinaciones y sentimientos de las plantas, se mira con enagenamiento la resignacion y discrecion de un pájaro enfermo: así se envilece la dignidad de la especie humana, y así una filosofía, aun mas abyecta que atrevida, procura despojar al hombre en cierto modo de sus derechos, y sublevar contra él las demás criaturas. Falsos sábios intentan introducir la democracia en la naturaleza, así como falsos políticos la habian introducido en la sociedad; y para servirme de la espresion original de un grande escritor: «Parece que el pueblo de la creacion conspira á destronar á su Rey.» Pero no: la soberanía del hombre no perecerá, y á pesar de los sofistas siempre conocerá la esclencia de su destino. Su preeminencia sobresale por todas partes, se descubre en la magestad de su porte, en la dignidad de su frente, en la sublimidad de sus miradas, y en la postura de su brazo levantado y extendido sobre su imperio; pero sobre todo la elevacion de su clase brilla en ese pensamiento que esparce al rededor de sí por medio de la palabra, y va á todas partes por medio de la escritura; y en esa alma de que los libros sagrados dan una idea tan magnífica diciendo: que está hecha á la imágen de Dios. Si, el alma por su imperio sobre esta porcion de materia que está unida á ella y á la que gobierna, representa alguna parte

---

(1) Bossuet, «Connaissance de Dieu et de soi même.» Cap. V. n. 13. Helviennes, «Observ.» á la suite de la Letre LI.

de la acción poderosa del motor del universo; y por la rapidez de sus pensamientos, la memoria de lo pasado, el conocimiento de lo presente y la prevision de lo futuro, se asemeja á la suprema inteligencia infinita que de una ojeada abraza todos los tiempos y todos los lugares. La impetuosidad de sus deseos insaciables, y la extension de sus esperanzas ilimitadas, le advierten que está destinada por gracia á aquella eternidad que Dios posee por naturaleza. ¡Oh Dios, criador del universo! Vos sois el único Rey inmortal de los siglos; os habeis dignado constituir al hombre rey del globo que habita, y seria menospreciar vuestros dones no conocer el valor de una dignidad que tenemos de vuestra divina munificencia. ¡Cuán apreciable debe sernos esta soberanía que viene de vos, y que es el preludio de la soberanía sin fin de que un dia participaremos con vos en las mansiones de la inmortalidad!

Manuscrito de la biblioteca de la Universidad de Madrid. Copia de la letra de la mano de don Juan de los Rios.

---

## CONFERENCIA OCTAVA.

---

### LEY NATURAL.

---

El primero de los filósofos y oradores de la antigua Roma tenía ideas bien sublimes y claras sobre la ley natural cuando decía: «La verdadera ley es la recta razón y la voz de la naturaleza común á todos los hombres; ley invariable y eterna, que nos prescribe nuestros deberes y nos prohíbe la injusticia; de cuyo imperio no pueden sustraernos ni el pueblo ni los magistrados; que no necesita de otro órgano ni de otro intérprete que nosotros mismos; que no es diferente en Roma que en Atenas, ni fué diversa en otro tiempo de lo que es hoy: por ella rige y enseña Dios soberanamente á todos los hombres, y él solo es su autor, su árbitro y su vengador. El que no la sigue es enemigo de sí mismo, rebelde á la naturaleza, y halla en su propio corazón el castigo de su crimen aun cuando le fuese posible eludir las penas que pueden imponerle los hombres.» Así se explicaba Cicerón en otro tiempo, en el tercer libro

de su *República*. Lactancio que nos ha conservado este fragmento (1), le hallaba tan bello que le calificó de casi divino. ¡Qué lenguaje en efecto, y qué rasgo tan luminoso en el centro mismo del paganismo! Pero ¡qué borron de ignominia no echa al mismo tiempo sobre todos esos sistemas horribles que confunden el bien y el mal, y hacen de las reglas de las costumbres una cosa puramente arbitraria! Ha sido preciso que hasta en medio de las mas brillantes luces del Cristianismo se hayan visto renovar los monstruosos sistemas, que aun entre los mismos paganos escitaron la indignacion y el desprecio, y que no llegaron á acreditarse entre los Griegos y los Romanos sino para corromperlo y destruirlo todo. ¡Qué misterios de perversidad podria descubrirnos si quisiese exponer todo lo que ha salido de la pluma de nuestros impíos y desenfrenados escritores acerca de la virtud y de las pasiones, y sobre las reglas de las acciones humanas y los motivos que deben dirigir las! Baste saber que segun estas doctrinas el vicio y la virtud no tienen fundamento alguno en la naturaleza de las cosas, sino que varian como los usos y los climas; que la moral solamente procede de la politica, así como las leyes y los verdugos; que las pasiones son las que únicamente producen las grandes acciones; que el que se abandona á ellas tiene la prudencia de ahorrarse el inútil trabajo de combatirlas; que si uno es bueno por la mañana y vicioso por la noche, es preciso atribuirlo á la circulacion mas ó menos rápida de la sangre, y que el moralista que dice al disoluto; *sed moderado*, se parece al médico que dijese al enfermo: *no tengais calentura*. Tales son los excesos de los reformadores modernos. ¡Qué de sofismas y de equívocos para desfigurar su perversidad, disfrazar sus horribles consecuencias, y hacer odiosas ó ridiculas las máximas eternas, que son la salvaguardia del órden y de la justicia sobre la tierra! Nadie ignora con qué ánsia han sido oidas por todas las clases de la sociedad estas falaces doctrinas, y cuales han sido sus funestos estragos. Nuestra idea, señores, en el dia, es presentarnos la verdad desnuda de todos los celajes de los sofismas y de engañosas pasiones, y establecer la

---

(1) «Divin. Institut.» Lib. VIII, cap. VIII.

distincion esencial y primitiva del bien y del mal, sin la cual no hay ni moral, ni leyes, ni sociedad. Al efecto pondré los tres puntos siguientes: primero, hay una ley anterior á todas las convenciones humanas: segundo, esta ley se llama justamente *natural*: tercero, el primer deber que esta ley nos impone es arreglar nuestras inclinaciones. Tal será el asunto de esta conferencia sobre la ley natural.

Sin embargo de que en las cosas religiosas y morales la razon, la conciencia y el sentimiento se confunden con frecuencia entre sí, ó no se distinguen sino muy ligeramente, vamos á diferenciarlos aquí para dar mas orden y claridad al desenlace de nuestras ideas.

Llamo razon esa luz que nos descubre los principios de las cosas, y las reglas de las costumbres: llamo conciencia el juicio interior por medio del cual el hombre se aprueba ó condena á sí mismo despues de una accion; y designo con el nombre de sentimiento aquellas impresiones é inclinaciones comunes á todos, que se anticipan á la reflexion, y son inherentes á nuestra naturaleza. Así, pues recurriré al triple testimonio de la conciencia, de la razon y del sentimiento para establecer la diferencia real del bien y del mal, la existencia de una regla primitiva de nuestras acciones, y la de una ley anterior á todo convenio humano.

Empecemos por la razon: hay una luz que ilumina todos los entendimientos, y que no es invencion del hombre, así como tampoco lo es la que ilumina los cuerpos: mas débil en unos, mas viva en otros, pero comun á todos, les descubre verdades primitivas que hacen que todos los hombres de todos los paises y de todos los tiempos, sin haberse conocido jamás, ni estar ligados por la mentor relacion de amistad ó de educacion, se entiendan sobre determinados puntos, y se hallen tan conformes, que tendrian por insensato al que no pensase sobre ellos como el resto del género humano. Los hombres de diferentes siglos y de diferentes regiones del mundo pueden muy bien estar discordes en una multitud de cosas menos claras; pero existe siempre una luz superior é inevitable que los domina, los subyuga y tiene como encadenados á cierto centro fijo, y unidos por ciertas reglas invariables que se llaman *primeros principios*, aun á pesar de la infinita variedad de sentimientos que escitan

en ellos sus pasiones, sus intereses y sus caprichos. Esta luz, dice Fenelon (1), es la que hace que un salvaje del Canadá, por mas idiota que sea, piense acerca de muchas cosas, como pueden haber pensado los filósofos, griegos y romanos, con toda su ciencia y sus conocimientos. Ella hace que en el Japon, así como en Francia, se crea que el todo es mayor que su parte; y por ella han hallado en ciertos puntos los geómetras de la China las mismas verdades que los de Europa, mientras que los pueblos de ambas regiones no se conocian unos á otros. Lejos de haberse sujetado esta luz á los caprichos de los hombres, es al contrario su regla y su guia; es nuestra soberana, y no nuestra esclava; y si es posible sublevarse contra su imperio, jamás lo es destruirle. El hombre compara, discierne y juzga por medio de ella; por consiguiénte esta luz es lo que llamamos razon; este es nuestro maestro interior: nuestro destino es ser dóciles á su voz; y en escucharla y seguirla consiste nuestro bien, así como nuestro mal en despreciarla. Es sin duda el hombre un ser racional por su misma naturaleza, é independientemente de todo convenio; siéndonos tan imposible constituir la naturaleza humana á nuestro capricho, como la naturaleza del círculo; porque tan esencial es al hombre ser racional como al círculo tener sus rádios iguales, y por esto él es lo que es: luego la razon es con anterioridad á todo convenio su ley suprema: de modo que solo es bueno siguiéndola, y malo violándola: porque decir que somos buenos ó malos por puro convenio, es decir que solamente por igual motivo somos racionales, ó en otros términos, que por convenio es hombre el hombre, lo que es el último extremo de la ridiculez.

Profundicemos mas las cosas: ¿qué es lo que me dice la recta razon? Que Dios, este ser soberanamente sábio, no obra al acaso ni por capricho; que en todas sus obras se propone designios dignos de él, y que al criar al hombre y dotarle de ciertas facultades, le destinó á un fin, hácia el cual debe caminar sin intermision. Hay ciertamente leyes para el alma, como las hay para el cuerpo, para el mundo intelectual y para el material. Y cuando en la naturaleza cor-

---

(1) «Traité de l' Existence de Dieu,» primera parte, núm. 36.

pórea todo se liga, todo se encadena y camina por reglas admirables, concurriendo todo al orden y á la armonía universal; cuando la tierra y los cielos, los animales y las plantas, todos los seres en fin tienen sus puestos señalados, y su destino particular al que se dirigen bajo de la mano poderosa de aquel que gobierna al universo; ¿el hombre solo, abandonado á sí mismo y á sus raros caprichos, habrá sido criado sin objeto ni designio; y la mas noble, la mas perfecta de todas las criaturas del globo dejará de estar sometida á reglas tomadas del fondo mismo de su naturaleza? ¿Qué monstruosidad! Pero si el hombre ha sido criado para un fin, no está á su arbitrio abandonarle impunemente; su deber es dirigirse á él, y en esto consiste la virtud; así como separarse voluntariamente de él es un desorden en que consiste el vicio.

Tan imposible es al hombre dispensarse de seguir el camino que le traza la recta razon, como dispensar al sol de aparecer por el oriente, y ocultarse por el occidente; y así por su misma naturaleza y no por convenio alguno, es el hombre sensible, libre é inteligente. Como sensible se ama á sí mismo, desea su felicidad, y está en el orden natural que procure hacerse dichoso: como libre no es arrastrado por el temor ni por la necesidad, y puede pesar en una balanza fiel los inconvenientes y ventajas de las cosas; es capaz de una elección meditada, y el orden exige que no se precipite ni sea temerario en su conducta: como inteligente puede ver y abrazar la verdad, y es un deber natural no ser indiferente á ella, sino al contrario preferirla á la mentira. Ved aquí deberes derivados de nuestra misma naturaleza y de nuestras facultades, que son consecuencia inevitable, y no de convenio de nuestra cualidad de seres racionales. Ved obligaciones que tienen su origen independiente de toda convención humana, y de lo que nace la distincion primordial del orden y del desorden moral, del vicio y de la virtud.

¿Qué mas me dice la recta razon? Me dice que hay verdades especulativas, independientes de los hombres, de las que se originan consecuencias prácticas tan inmutables como sus principios; me dice que existen entre los seres racionales otras que no son arbitrarias, sino esenciales, y á las



cuales se ligan las reglas de nuestros deberes. Esto necesita esplicacion, y procuraremos dársela tal que ilustre vuestros entendimientos.

Dios, feliz por sí mismo, podia sin duda alguna no haber criado el mundo presente: pudo ciertamente haber dado á luz de una vez todo el género humano por solo un acto de su suprema voluntad, y por último hubiera podido escoger un mundo donde el hombre no estuviese destinado á la vida doméstica y social. Pero suponiendo que el Criador ha realizado lo que es posible, que ha criado al hombre, que ha establecido leyes para la perpetuidad de la especie humana, y que le ha llamado á la sociedad, resultan de este hecho y de este plan de la creacion relaciones entre Dios y el hombre, entre el padre y los hijos, y de las familias entre sí. Existen, dije, relaciones que no han sido establecidas por el hombre, sino que lo estaban ya, y que no arregla él segun sus caprichos, sino que al contrario deben ser la norma de sus sentimientos y de sus acciones. Da Dios al hombre el ser y la vida; y ved ya una relacion de dependencia del hombre criatura con Dios su criador, y de reconocimiento del hombre que recibe el beneficio con Dios su bienhechor. Este es un lazo y una relacion que el hombre no puede impedir ni destruir, porque no está en su poder variar la naturaleza de las cosas, dejar de ser criatura, ni hacer que Dios no sea su criador; y si es cierto en teoría que Dios le ha dado el ser, es tambien verdad en la práctica que el hombre le debe sentimientos de adoracion y de amor.

Establece Dios el poder paternal, y hé aquí una relacion fundada en la naturaleza entre el padre y los hijos; y si los padres prodigan á los hijos los cuidados mas tiernos, y muchas veces las mas penosas atenciones, ¿será permitido á los hijos corresponderles con ingratitud? ¿Provendrá acaso de un convenio la obligacion de amar y honrar los hijos á los autores de sus dias? Del mismo modo desde que Dios coloca á los hombres en sociedad, es preciso que existan relaciones entre el señor y sus criados, entre el magistrado y sus gobernados: es preciso, ante todas cosas, que un principio de justicia prescriba la obediencia á la autoridad, y el respeto á las leyes, y debe exigir el orden que unos manden y otros obedezcan.

Yo bien sé que sin la creacion del órden actual del mundo no hubieran sido estas relaciones y deberes mas que posibles, y conocidos solamente por el divino entendimiento. La creacion nos lo ha manifestado y dado á conocer: el hombre los vé, pero no los crea; así como si trazais un círculo haceis palpable la igualdad de sus rádios, pero no sois vosotros los que creais esta igualdad, sino que estaba fundada en su naturaleza; por lo que es imposible hacer un círculo cuyos rádios sean desiguales. Tambien sé que los hombres pueden ligarse entre sí por leyes que sean obra suya, y variarlas segun los tiempos, los climas y las personas: que infinitas cosas por sí indiferentes pueden dejar de serlo en virtud de una ley que las prohiba: que en lo respectivo á la forma de los gobiernos, á la policia exterior de los Estados, legislacion y comercio ordinario de la vida, hay sin duda muchas cosas de institucion humana y de puro convenio; pero es claro que todas estas convenciones que se llaman arbitrarias suponen ellas mismas principios anteriores de órden y de justicia que les sirven de base y las hacen obligatorias. Así los que quieren que la ley humana sea la única regla del bien y del mal, son los hombres mas ciegos; pues no conocen que no tendria fuerza ni autoridad si no estuviere apoyada en un principio anterior, porque al fin si yo les pregunto por qué debo obedecer las leyes, me dirán que por haber pactado obedecerlas, y que, por mi cualidad de miembro de la sociedad, debo respetar el órden establecido. Pero si pregunto además, por qué debo ser fiel á mis compromisos, y de donde les viene á estos la fuerza de obligarme y ligar mi conciencia, se verán precisados á remontar á un principio anterior á las leyes humanas, si no quieren rodar por un círculo pueril. Los contratos no son obligatorios en efecto, sino porque existe antes que ellos un principio de eterna verdad, que dice: serás fiel á tus promesas.

Si las leyes humanas fuesen la única regla del bien y del mal, como se pretende, podrian los hombres trastornar todas las nociones de la moral recibidas universalmente: podrian llamar virtudes lo que han aborrecido siempre como vicios, y denigrar con el nombre de vicios lo que siempre se ha proclamado como virtud; y podrian por último variar

las ideas, el lenguaje y la conducta, así como se varían las cláusulas de los contratos, las expresiones de política, y la forma de los vestidos. Pero ¿acaso pueden los legisladores hacer que el asesinato, el perjurio, la traición, la cobardía y la blasfemia, la ingratitud y la avaricia sean conformes á la razón, y se conviertan en virtudes? Esto sería lo mismo que decir que pueden estipular los pueblos por un convenio solemne que la calentura y la peste dejen de ser males nocivos á la humanidad, y si esto os parece absurdo y reprobado por la razón, confesad que hay acciones malas y criminales por sí mismas, independientemente de los convenios humanos. Ahora conoceréis fácilmente por qué Montesquieu ha dicho al principio de su *Espíritu de las leyes* (1), «los seres particulares, inteligentes, pueden tener leyes hechas por ellos; pero también las tienen que no son obra suya. Antes que existiesen seres inteligentes eran posibles: tenían relaciones posibles, y por consecuencia leyes también posibles; antes que se hiciesen leyes había relaciones de justicia posibles, y la existencia de estos seres inteligentes realiza estas leyes, así como la existencia del círculo realiza la igualdad de sus radios: pero decir que no hay nada justo ó injusto, sino lo que mandan ó prohíben las leyes positivas, es decir que antes que se hubiese hallado el círculo, todos los radios no eran iguales.»

Consultemos ahora la conciencia. Es tal el imperio de la virtud, que no podemos sustraernos de él impunemente: ella encuentra en nosotros mismos su vengador, y la conciencia es un tribunal donde la virtud no presenta en vano sus quejas. Su poderosa voz puede muy bien confundirse por algun tiempo en el tumulto de las pasiones que quisieran oprimirla; pero firme en sus pretensiones alcanza tarde ó temprano la justicia que reclama. Si hay seres tan depravados que la sofocan enteramente, como los hay á quienes la avaricia hace sordos á los gritos de la humanidad doliente, es preciso llorar esta escepcion tan estravagante como horrible en vez de tomar de ella ocasion para no considerar la conciencia mas que como una quimera. Hombres sin conciencia dejan de pertenecer á la

(1) Lib. I. Cap. 1.

naturaleza humana; así como los cadáveres dejan de ser hombres. ¡Qué consolador y también que terrible es este juez interior que nos aprueba ó nos acusa, nos absuelve ó nos condena! Consolador para el hombre de bien, le hace hallar en una alegría pura y dulce el premio de sus esfuerzos; y terrible para los malos, los entregá á toda la amargura de los remordimientos. Mas si todo es indiferente, si efectivamente no hay bien ni mal, ¿en qué consiste que el malo se acusa á sí mismo, y es su propio verdugo? ¿Por qué se condena con tanto rigor? ¿Por qué le hace temblar la idea de un Dios vengador, y vuelve contra sí mismo su furor para hacerse infeliz? Los remordimientos suponen un crimen, y el crimen una obligacion y un deber que cumplir.

Examinad, señores, que es lo que caracteriza lo que llamamos remordimientos. ¿Qué cosa es pues ese incómodo sentimiento? No es ni el dolor que acompaña á la enfermedad, ni la pena que puede causar el infortunio: es una reconvenccion que el hombre se hace á sí mismo, porque conoce que debia obedecer á la ley, y que la ha violado libremente. No procede del temor del descrédito ó de una pena, sino de la confesion que el delincuente se vé forzado á hacer de la voluntaria infraccion de su deber. Si por el contrario habeis hecho un acto de justicia ó de humanidad, nunca podreis arrepentiros de él, aunque hayais sido correspondidos con ingrátitud, y os haya atraído ódio ó menosprecio. Si, aunque vuestra virtud os condujese al suplicio, seriais ciertamente víctimas, pero no os reconoceríais culpables: podríais lamentaros de la injusticia de los hombres, y de la desgracia de vuestra suerte; pero los remordimientos no entrarian jamás en vuestro corazón. Apláudame por el contrario todo el mundo; yo me condenaré á mí mismo si me reconozco culpable; y aún que el vicio me eleve á la cumbre de la gloria, allí subirán conmigo mis remordimientos para despedazar mi corazón. Tal es el imperio de la conciencia sobre la opinion y las convenciones de los hombres. Sean enhorabuena la conciencia y los remordimientos un sentimiento mas ó menos vivo, mas ó menos desarrollado, segun el grado de ilustracion ó de conocimiento mas ó menos exacto de nuestras obligaciones; pero siempre será un error enorme no reconocer en ellos un sentimiento natural al hombre, é independiente de

las variaciones del clima, de la educacion y del nacimiento. Ni el secreto, ni la oscuridad, ni el silencio de las leyes, ni el brillo del poder pueden libertar al culpable del aguijon vengador de su conciencia; y aunque á veces el crédito haya asegurado la impunidad, jamás ha podido mitigar el sobresalto de aquella. Tiberio y Neron experimentaron remordimientos, y temblaron algunas veces horrorizados con el recuerdo de sus maldades. La conciencia podrá estar adormecida, pero no muerta; y acaso sus punzadas sean tanto mas agudas y dolorosas, cuanto mas profundo haya sido su letargo. Es el despertar del leon que sale del reposo con nuevo vigor para despedazar su presa. En una palabra, hace desaparecer la diferencia primitiva del bien y del mal: hace que todo sea arbitrario, todo resultado de convenios; y desde entonces esa reconvenccion interior que el hombre se hace á sí mismo aun en aquellos casos en que nada tiene que temer de los demás: los remordimientos en fin no serán mas que una absurda quimera de que deberá libertar á su imaginacion vanamente sobresaltada.

Veamos ahora qué nos dice lo que yo llamo sentimiento. Se habla sin cesar de naturaleza; ¿pero dónde la hallareis sino en esas impresiones é inclinaciones universales y uniformes de que los hombres no pueden despojarse, y que mas veloces que el raciocinio se adelantan á toda reflexion, y dominan á toda la especie humana? Esta es una fuerza oculta por la que nos vemos como forzados á aborrecer ó á amar, á estimar ó á menospreciar ciertas cosas. De ella nace el sentimiento de adoracion á la Divinidad, la piedad filial, el amor á la pátria, la compasion para con los desgraciados, y la admiracion de las acciones generosas. Si en medio de la diversidad de sus leyes, usos y costumbres han conocido todos los pueblos del mundo que se debe honrar á los padres, que la ingratitude es un vicio, que es preciso ser fiel á sus palabras; que es admirable sufrir con valor la desgracia, que es laudable socorrer al desgraciado, y que nadie debe hacer á otro lo que no quisiera que le hiciesen; ¿quién se atreverá á decir que estas son máximas de puro convenio, y no tomadas de nuestra misma naturaleza? Nunca los hombres, á pesar de su depravacion, han podido dar á las claras al vicio el nombre de virtud; y siempre el vicio,

aun en medio de su triunfo, se ha visto obligado á cubrirse con la máscara de una falsa probidad, desesperanzado de adquirir el aprecio manifestándose á cara descubierta. Nadie hasta ahora ha podido persuadirse á sí mismo ni persuadir á los demás, que es mejor ser embustero que ingénuo, malhechor que benéfico, exaltado que moderado: ¡tan cierto es que hay cosas que repugnan por sí mismas á la naturaleza!

Supongo que fuese posible reunir en un mismo sitio habitantes de todas las partes del mundo, de todas edades y de todas condiciones; que fuese posible hablarles en una lengua que todos entendiesen, y que un sofista levantara el grito en medio de esta asamblea general del universo, y dijese: «El género humano ha estado equivocado hasta ahora con respecto al vicio y á la virtud, y ha llegado en fin el tiempo de descubrirle las verdaderas reglas de su conducta. Escuchad, y ved lo que solemnemente debe tenerse entendido en todo el mundo. Ningun sentimiento de adoracion se debe á la Divinidad; los hijos están dispensado de amar á sus padres: nadie está obligado á cumplir su palabra: todo ciudadano podrá inocentemente ser traidor á su patria: cada uno deseando que los demás le favorezcan podrá á su arbitrio hacerles mal.» Pregunto yo: ¿semejante doctrina no sería rechazada al punto por un grito universal de indignacion, y no se enviaría al tal charlatan á predicar su doctrina á los osos y á las panteras? Si, el corazon se ha hecho para la virtud, como el entendimiento para la verdad, y en cada uno de nosotros existe un amor secreto al bien, lo mismo que un secreto horror al mal: instinto sublime que nos señala nuestras obligaciones, del mismo modo que ciertas sensaciones nos recuerdan nuestras necesidades físicas. Esta aficion á la virtud es la que nos hace admirar ciertas acciones, así como la inclinacion á la verdad nos hace amar los caracteres ingénuos, y las almas rectas y sinceras. ¿Qué corazon hay que no se conmueva al recordar un rasgo heroico, que no se interese por la virtud oprimida, y no se llene de indignacion contra su opresor? Cuando se nos refiere que Foción caminando al suplicio mandó á sus hijos olvidar el crimen de su ingrata patria, se apodera de nuestras almas un sentimiento de veneracion que las enagena. Y cuando la antigua Roma aplaudia con entusiasmo esta máxima: Soy hom.

bre, y todo lo que interesa á la humanidad me es propio: ¿era este acaso un grito de convencion dictado por la cábala? No ciertamente: era el grito de la naturaleza humana, la cual hacia hablar al pueblo romano.

Es indudable que este sentido moral, que precediendo á la reflexion nos hace distinguir el bien del mal, puede debilitarse, viciarse, y casi extinguirse alguna vez por la ignorancia, las pasiones inveteradas; y por las impresiones opuestas de antiguos hábitos. Al darnos el Criador ciertas facultades que son como el dote de nuestra naturaleza, nos ha dejado el cuidado de cultivarlas; y del mismo modo que el cuerpo crece y se fortifica con el aliento y el ejercicio, el alma se desarrolla por medio de la reflexion, de la educacion y de la experiencia. Nacemos con la aptitud necesaria para ilustrarnos y perfeccionarnos, aunque puede acontecer que por falta de cultivo se queden nuestras facultades embotadas en una especie de estupor y de muerte: por tanto el salvaje está mas bien en un estado de degradacion que en un estado conforme á nuestra naturaleza, y es como un árbol naturalmente fecundo, pero que necesita otro cielo y otro temperamento.

De este modo se descifra el por qué los pueblos, conformes en ciertos principios, discuerdan sobre sus consecuencias. Y no se alegue, para debilitar la autoridad del género humano, que lo que es criminal en un pueblo es inocente en otro; que se han visto algunas naciones autorizar el robo, el abandono de los hijos, la muerte de los padres en su vejez, los sacrificios de víctimas humanas, y otras muchas crueldades é infamias de todas clases; y que por lo tanto la moral es arbitraria. ¿Desde cuando acá, señores, deben buscarse los verdaderos sentimientos de la naturaleza racional en sus mismos extravíos, y en los excesos que la deshonoran? ¿Acaso deberemos juzgar del aire que respiramos y nos dá la vida por la insalubridad del de algunos climas donde reina el contagio? ¿Calcularémos las fuerzas del cuerpo humano por los vicios de sus órganos? No hay duda, señores, hay esparcidos por todos los pueblos sentimientos de religion, de justicia y de humanidad; y hay ciertas reglas invariables que los unen á todos, aunque ya por pasion, ya por ignorancia, se hayan extraviado en la aplicacion de estos

principios comunes. Es horroroso á la verdad que el salvaje apesure la muerte del anciano enfermo ó imposibilitado de seguirle en sus correrías, y que el chino se deshaga de una poblacion escesiva con la muerte de los niños; pero aquel lo hace por un sentimiento de conmiseracion falsamente aplicado, y este por el temor de no poder atender á la subsistencia de sus hijos, que en la realidad le seria mucho mas grato alimentar. Por el mismo error el árabe del desierto y el tártaro conceptúan mas noble y bello vivir del botin, que es conquista suya, que del trabajo, sin que fuera de este caso dejen de ser justos, humanos y benéficos. Haz homenaje á Dios de lo que tienes: hé aquí un principio incontestable; pero si decimos que para aplacarle es necesario sacrificarle todo hasta víctimas humanas, vendremos á parar de un principio verdadero á una consecuencia falsa y horrorosa. Con semejante modo de raciocinar contra la ley natural, y tal manía de querer que la moral no se funde en la naturaleza, porque los hombres están discordes en ciertos puntos, ¿sabeis, señores, á donde iríamos á parar? A un pirronismo universal: no habria verdad alguna, porque no ha habido una sola que no haya sido combatida hasta con la mayor sutileza, ni habria verdadera belleza en las artes ni en las obras del ingenio humano, porque las naciones y los siglos no están acordes sobre el mérito de estas producciones. La corrupcion humana no destruye la moral, así como la falsa metafísica tampoco destruye el sentimiento comun: hay pues una ley anterior á todo convenio humano, que es lo que acabo de probar. Pero ¿por qué se llama ley natural? Hé aquí lo que vamos á examinar.

Lejos de nosotros la pueril idea de que hubo un tiempo en que el género humano vivia sin Dios, sin ningun sentimiento religioso ni principio de moral, como si hubiese principiado á existir siendo ateo y enteramente bruto: de que progresivamente y de un modo insensible haya pasado de este estado de ateismo y estupidez al de alguna creencia religiosa, y que por último haya descubierto á Dios, la vida futura, la Providencia y la moral; así como por repetidos esfuerzos y experiencias multiplicadas ha descubierto la álgebra y la química. El hombre es por naturaleza un ser racional, moral y religioso; y mas bien le hallareis destitui-

do de todo talento, que falto de toda nocion de justicia y de virtud; y por mas que os remonteis á la antigüedad, siempre hallareis á los hombres en posesion de creer algunas máximas de religion y de moral. En este punto la naturaleza ha escedido á la industria: mientras que la débil razon se ha extraviado en fútiles indagaciones sobre esto, ó solamente ha abortado sistemas ridiculos, nuestros libros santos nos hacen estar como presentes á la obra de la creacion, nos enseñan como han sucedido todas estas cosas, y hasta los niños saben entre nosotros lo que ignoraron los sábios de la antigüedad. El primer hombre salió de las manos del Criador en estado de madurez: no nació niño, ni con la debilidad y la ignorancia de la primera edad: apareció en el mundo hombre formado ya, y gozando desde el primer instante de su existencia de todas las facultades del cuerpo y del alma: empezó á vivir con conocimientos ya formados en su entendimiento, con sentimientos religiosos en su corazon, y con un idioma á propósito para espresar sus ideas: halló en sí mismo el conocimiento de Dios su criador, nociones de orden y de virtud, amor al bien, una inteligencia que se elevaba hasta el autor de su ser, una voluntad inflamada del deseo de agradarle: y sus primeros afectos fueron sin duda el reconocimiento y el amor; transmitió á sus hijos cuanto habia recibido del mismo Dios y cuanto sabia; y aquellos lo dejaron á su tiempo como en herencia á las generaciones sucesivas: la tradicion se conservó y se extendió con la especie humana; y ved aquí como de familia en familia, de edad en edad y de comarca en comarca, se han conservado mas ó menos puras entre el género humano estas nociones primitivas.

De este modo han tenido todas las creencias religiosas y morales un origen comun, aunque despues hayan sido como arroyos de los cuales unos han conservado la pureza de sus aguas, y otros las han enturbiado entre la corrupcion de los siglos. De aquí han procedido esos principios comunes á todos los hombres, principios que la ignorancia ó las pasiones debilitan pero no destruyen; esa luz que para bastantes pueblos se ha oscurecido con las nubes del error, pero de la que siempre se vislumbran algunos rayos. Estas reglas universales é invariables cuyo conocimiento es general, esas nociones universales del bien y del mal que rijen á la especie humana, son como la lejislacion secreta del mundo moral, y forman lo que se llama *ley natural*:

título á la verdad muy legítimo. Es natural, porque está fundada en la naturaleza de las cosas, en las primitivas relaciones del hombre con Dios y del hombre con sus semejantes, y porque sus fundamentos son de tal suerte conformes á nuestra naturaleza racional, que se siente su verdad con solo exponerlos. Es natural, porque se hallan vestigios suyos en cuantas partes existe la naturaleza humana; por lo cual se ha dicho que está grabada en el corazón del hombre, y en fin se llama natural, porque era necesario diferenciarla de cualquiera otra ley dada al hombre despues de su creacion, y que se llama *positiva*. Así, pues, el título de *ley natural* está autorizado por los libros santos, y singularmente por San Pablo; por todos los doctores de la iglesia, por todos los moralistas de todas las naciones y de todos los siglos, y por el lenguaje adoptado universalmente por todos los hombres; de tal modo que el desterar la palabra *ley natural*, sería rebelarse contra todo el género humano.

Veamos por último qué deberes dicta al hombre la ley natural con respecto á sus inclinaciones y á sus pasiones.

Si damos oídos á muchos filósofos sábios del último siglo, nos dirán que es un proyecto loco querer combatir las pasiones: que sin ellas sería el hombre un estúpido; que las que forman el carácter de un individuo son incorregibles; que de ellas trae su oríjen todo cuanto es bello y sublime, y que por último los vicios son tan útiles á la humanidad como las virtudes. Sea aquí, señores, la recta razon el árbitro que falle entre la escuela cristiana y la de los novadores. ¿Qué pensaríais de la lógica y profundidad de ingénio de todos esos inventores de una nueva moral, si descubriésemos que toda su doctrina estriba en equívocos, en abusos de palabras y miserables sofismas; que todo lo que puede tener de razonable era conocido antes que ellos existiesen, é insensato cuanto puedan añadirle de nuevo? Procuremos sobre todo desenredar bien las cosas, y ponernos á cubierto de esa confusion de voces en que está toda la fuerza de la incredulidad.

Con el objeto de que procuremos nuestra propia conservacion, y que nos intereseamos en el bien de nuestros semejantes, nos ha dado el Autor de la naturaleza gustos é inclinaciones de que no podemos desentendernos, y que nos advierten rápidamente nuestras necesidades, nuestros deberes, y los riesgos que

nos amenazan. Como muchas veces la razon obra con lentitud, y sus consejos podrian llegar tarde, no es un sistema meditado ó un largo círculo de racionios lo que advierte al hombre de sus necesidades corporales, sino mas bien una impresion involuntaria, el sentimiento. Por él ama el padre á sus hijos; por él miramós con interés al desgraciado, y nos inclinamos á nuestros semejantes, y por él una tierna memoria nos hace mirar con aficion aquellos lugares donde hemos pasado nuestra infancia: y es tan natural al hombre amarse á sí mismo, amar á sus parientes, á su pátria y á sus bienhechores y evitar el dolor, como dar á su cuerpo el alimento que le mantiene y el descanso que le repone. En todo esto no se debe ver mas que la voz de la naturaleza atenta á nuestras necesidades, é impresiones útiles que se refieren á nuestra dicha ó á la de nuestros semejantes; lo cual llamaremos *inclinaciones naturales*, las que nosotros mismos debemos arreglar. Si estas mismas inclinaciones no están contenidas en sus justos límites; si llegan á ser vehementes é imperiosas; si llevan hasta el exceso, ó mas bien si nos arrastran á cosas ilícitas; en una palabra, sin son desarregladas, de cualquier modo que sea, las llamaremos *pasiones*; y nuestra obligacion entonces es combatirlas. Entremos pues en una esplikacion indispensable sobre todo esto.

Por poco que queramos consultar nuestro corazon y propia experiencia ó la de nuestros semejantes, no dejaremos de conocer que es preciso estar siempre alerta aun contra las mas legítimas inclinaciones de la naturaleza; que estas procuran traspasar sus límites, y que si no acude la razon á contener su ímpetu y moderar su fuego, adquiere tal fuerza y violencia que nos arrastran, y concluyen por dominar de cierto modo la voluntad, si ella no las doma. Así la madre por una inclinacion tan legítima como dulce se complace con sus hijos; pero por poco que se esceda en su ternura, llega á amar hasta sus defectos y vicios; y entonces su amor dejenera en una indigna flaqueza. Nada mas inocente y consolador al mismo tiempo que el sentimiento de la amistad; pero si se le abandona á sí mismo puede fácilmente hacerse vicioso, y dejenerar en un comercio de adulaciones y condescendencias criminales. El amor propio es el primero que siente; pero si se desarregla, se transforma en egoismo, inspira el ódio é incita á la venganza. Dejad á la naturaleza seguir su propension ordinaria; y en vez de amor pro-

pio hallareis un orgullo que solamente se alimenta de distinciones y preferencias, y que parece hallar sus delicias en las humillaciones ajenas. En vez de una emulacion laudable, encontrareis aquella ambicion desenfrenada que quiere siempre subir mas y mas, y elevarse sobre las ruinas de sus rivales abatidos: en vez de una sábia y activa industria, no tendreis mas que una insaciable avaricia que jamás podrá saciar vuestros deseos; y los placeres mas honestos se convertirán en una torpe sensualidad que enerve á un mismo tiempo el cuerpo y el alma, y á la que por lo comun se siguen el oprobio y la discordia.

Se acusa al moralista religioso de que hace del hombre un ser insensible, una estátua sin alma y sin movimiento, porque le escita á arreglar sus inclinaciones: pero dónde se ha visto una acusacion mas extravagante? ¿Qué moralista ha prohibido nunca al hombre sentir, desear, amar ni obrar? ¿Quién ha vituperado nunca los afectos legitimos, ni se ha acordado de hacer del hombre un ser pasivo, indiferente y sumerjido en el letargo de la apatía? El mismo Evangelio, ese código de moral tan perfecto, no hace mas que depurarlos y hacerlos mas útiles. Amar á Dios y amar á los hombres: esta es toda la ley, y de este doble amor se derivan, como de su origen, todos los afectos y todas las obligaciones naturales, domésticas y civiles que perfeccionan á los hombres y lo hacen mas felices. ¿Qué ley ha habido jamás mas severa contra el criado inútil, contra el rico indolente, contra la pereza y ociosidad? No basta no profanar los dones que el cielo nos ha concedido; es preciso hacerlos útiles: no es bastante que no oprimais al pobre ni retengais lo ageno; es preciso, si os hallais dotado de bienes de fortuna, saberlos derramar en el seno de la indigencia. ¿Y qué os impide seguir estos impulsos nobles y generosos? Si os sentís inclinados á las letras y á las artes, únicamente se exige de vosotros que no les sacrifiqueis deberes mas sagrados, ni abuseis de ellas para dar encantos á vicios ya demasiado funestos por sí solos. Si os sentís arrebatados de amor á la pátria, ¿quién os estorba entregaros á trabajos y empresas útiles á la prosperidad pública? Y en fin, si los males de la humanidad conmueven vuestra alma, ¿quién os prohíbe dedicaros al alivio de los desgraciados, y merecer el título de padre de los desvalidos? En una palabra, sean regidas las pasiones por la razon, y todo estará en orden:

entonces serán útiles, y jamás será funesta su actividad. Guarnecer un rio de fuertes diques no es destruir su curso.

— ¿Es acaso proceder de buena fé acusar al moralista de imprudente vocinglero, porque clama contra las pasiones? ¿Deberémos hacer la apología de esas inclinaciones viciosas y desarregladas, origen de todos los males que afligen á las familias y á la sociedad? ¿Y deberán las cátedras de la austera verdad convertirse en tribunas destinadas á la defensa de aquellas inclinaciones que no conocen freno ni medida? Y qué, ¿aun no están contentos los novadores con tanto orgullo é insolencia como hay ya sobre la tierra, con tanta codicia y bajeza, tanta envidia y perversidad, tanta ferocidad y venganza, tanto libertinaje y escándalo? Para aumentar el influjo de estas pasiones, será preciso en lugar de combatirlas decir al poeta que se limite á celebrar en sus cantos la molicie y la impiedad, al pintor que solo trace la imágen de la desenvoltura, al jóven que se aficione al juego hasta el frenesí, á la madre de familia que sepulte en la locura de sus gastos las esperanzas de sus hijos, al negociante que exponga su fortuna y la agena en insensatas especulaciones consultando únicamente su avaricia y no la prevision, y á los padres que hagan de las artes mas frívolas la ocupacion mas sagradas de sus hijos? ¿No son estos unos verdaderos escesos? ¡Y si queremos refrenarlos se nos acusará de que intentamos aniquilar al hombre y sus facultades! ¿Se habrá oido jamás tan estraña acusacion?

— ¿Qué significa todo ese pomposo elogio de las pasiones violentas, que las presenta como origen de todo lo grande y bello que hay entre los hombres? Quien habla un lenguaje semejante, ¿podrá lisongearse de entenderse á sí mismo? Una aficion vehementemente y como exclusiva á determinados objetos; un corazon susceptible de impresiones vivas y durables; un entendimiento capaz de profundas meditaciones y de una pronta penetracion, y una alma firme é imperturbable en sus pensamientos y designios, esto es á mi parecer lo que distingue á los que se suponen animados de pasiones fuertes. ¿Pero quién no advierte que si estas disposiciones naturales no son bien dirigidas, si no se emplean en cosas laudables y útiles, pueden acarrear desórdenes monstruosos, y hacer al hombre ó grande por sus crímenes, ó grande por sus virtudes? Con estas estraordinarias cualidades de alma y de corazon pueden formarse hombres grandes como Aristides, Trajano, Luis IX, Enrique IV, Turena, Bossuet y Fe-

nelon; pero si el amor de una falsa gloria, si malos ejemplos, la adulacion y circunstancias desgraciadas dan á estas inclinaciones una direccion funesta, tendreis Catilinas, Nerones, Mahomas, Cromweles, novadores atrevidos, poetas infames y sofistas peligrosos: son en fin como un rio que paseando sus aguas mansamente, esparce en sus riberas la vida y la frescura, y pueden por mil canales extender por todas partes su saludable influencia; pero que si llega á desbordarse lleva hasta muy lejos la desolacion y el estrago.

¿Qué significa tampoco ese consejo que nos da uno de los jefes de la escuela moderna cuando nos dice: «Poned todas vuestras pasiones á un mismo nivel; estableced entre ellas una perfecta armonía, y no temais sus desórdenes.» Decís que pongamos nuestras pasiones á un mismo nivel; ¿pero no tendreis la bondad de descubrirnos ese infalible secreto de ejecutar tan admirable proyecto? ¿No sería esto decir que se pueden poner acordes las pasiones del alma como las cuerdas de un instrumento, y que son tan dóciles á nuestra voluntad como una arpa á la mano del músico? Si las pasiones que se contraponen tuviesen una fuerza igual, resultaría un estado de equilibrio y de inacción, y el hombre igualmente combatido por el odio que por el amor, por el fausto que por la avaricia, por la audacia que por la pusilanimidad, y por el deseo de gloria que por el interés personal, sería el mas irresoluto y nulo de todos los seres. ¿Queréis que una de estas pasiones sea la mas fuerte, la predominante, y la que dé actividad á todas las otras? ¿A dónde iria entonces á parar esa pretendida armonía? Y si las pasiones son violentas, ¿no es de temer entonces que sean desarregladas? Todas desde luego se disputarán á porfía el dominio del hombre, y el corazon no será mas que la arena de los gladiadores, ó en el lenguaje de los libros santos, una mar borrascosa, cuyas olas se embisten y se rompen con furor. Quanto mas prudente es advertir al hombre que vele sobre sus inclinaciones y las combata con valor, para evitar ó contener sus excesos! Las pasiones son las enfermedades del alma, y tratar de ponerlas en armonía para contener sus perniciosos efectos, sería imitar á un empírico que, para conservar la salud, nos aconsejase poner acorder todas las enfermedades del cuerpo.

Volvamos, señores, á la sana doctrina que la razon nos dicta, y que la religion enseña á todos, á saber, que tenemos en Dios

un Señor cuya voluntad debe ser la regla de la nuestra; que el bien consiste en seguirla, y el mal en resistirla. Lejos de nosotros todos esos doctores del error que colocan el bien supremo en la satisfaccion de las pasiones, y que nos incitan á entregarnos á ellas, mas bien que á combatir las para someterlas á la razon. Bien podria interesaros en la causa que defiendiendo, por el mismo temor de que las pasiones lleguen á ser el azote de la sociedad y la ruina del cuerpo; deciros y confirmaros con la experiencia que los excesos de la intemperancia, las inquietudes de la ambicion, los arrebatos de la cólera y el gusano roedor de la envidia alteran y destruyen los temperamentos mas robustos, los conducen á una languidez funesta, y apresuran las enfermedades y la muerte; pero he preferido mirar las cosas bajo de un punto de vista mas elevado y digno de la criatura racional. Hay ciertamente mucho menos grandeza y heroismo en seguir nuestras inclinaciones que en sacrificarlas al deber. Consiento en no valerme ahora de las máximas del cristianismo que tantas ventajas me darian; y recurro solamente á esos sentimientos de orden y de virtud esparcidos entre todos los hombres: todos han confesado que el mas hermoso triunfo del hombre es el que consigue sobre sí mismo, sobre el amor á los placeres, sobre sus resentimientos, sobre la concupiscencia. ¿Es acaso el feroz Mario, sin resolucion para despojarse del mando supremo, mas grande que el modesto Dictador que sofoca su ambicion para volverse al arado? Coloriano, caminando hácia Roma al frente de los enemigos de su pátria, ¿es acaso tan grande como ese Aristides, que, al marchar á su destierro, implora el favor del cielo por la ciudad ingrata que le condena? ¿Y vale acaso tanto el guerrero que se entrega á una fogosa intemperancia como el héroe que respeta la virtud de su cautiva? Todos sentimos cuán hermoso es anteponer el deber á todo, aun en aquel mismo momento en que tenemos la debilidad de sacrificarle á la pasion. Esta era la máxima del gran Condé: «Tenia por máxima, dice Bossuet, (escuchad, porque es la máxima que forma los grandes hombres,) «que en las grandes acciones se debe pensar únicamente en «obrar bien, y dejar llegar la gloria despues de la virtud.»

---

## CONFERENCIA NOVENA.

---

### LIBRE ALBEDRIO.

---

La suerte de la virtud sobre la tierra es tener amigos sinceros que la defiendan con valor, y tambien enemigos furiosos que la combatan con encarnizamiento: su luz, al mismo tiempo que encanta á los espíritus dóciles, irrita á las almas soberbias. La índole de la verdad es hacer frente á todos los vicios y á todos los errores. Bajo de este supuesto, ¿qué extraño es que se armen contra ella todas las pasiones y todas las preocupaciones? Todos tenemos mas ó menos el deplorable talento de oscurecer las cosas mas claras, de embrollarnos con nuestras propias sutilezas, y de conseguir mas de una vez dar un vislumbre de verosimilitud á las paradojas mas repugnantes. Hace mucho tiempo que Ciceron dijo que no ha habido absurdo que no haya tenido defensores aun entre ingénios nada vulgares. Estas reflexiones, señores, nos han ocurrido naturalmente con motivo de la discusion que vamos á entablar sobre el libre albedrio. Ciertamente si hay alguna doctrina luminosa y sencilla, cuyo sentimiento esté universal y profundamente grabado en el cora-

zon humano es de la que existe en nosotros un principio activo, capaz de deliberar, elegir y decidirse, y la de no ser máquinas sometidas á impulsos puramente mecánicos, ni plantas que vegetan por leyes puramente físicas, ni animales guiados por un ciego instinto que los domine y arrastre. Mas sin embargo yo no sé si el estudio de la filosofía presenta una cuestion mas envuelta en las nubes del sofisma, que la de la libertad del alma humana, combatida por todo lo mas sutil é intrincados que ha podido inventar la dialéctica. En este punto la corrupcion del corazon se ha unido á los estravíos del entendimiento; y por odioso y funesto que sea el fatalismo, no ha dejado de tener sectarios en todos los siglos. ¡Tan cómodo es persuadirse que las pasiones nos arrastran con una fuerza irresistible, que nuestras acciones dependen únicamente de nuestros órganos, y que un invencible destino forma nuestros vicios y nuestras virtudes! Bien se puede con semejante doctrina ostentar en los discursos la moral mas rigida: porque al mismo tiempo se adormece por ella la conciencia en el vicio, la sensualidad se entrega con seguridad á los placeres, y hasta el mismo crimen puede vivir en la calma de la inocencia.

Al tratar hoy, señores, de vindicar la libertad de nuestras almas de los ataques de los sofistas, antiguos y modernos, es preciso no equivocarnos sobre el verdadero objeto de la discusion, y entendernos bien para no enredarnos en disputas interminables. No pretendemos que en todas sus ideas, sus deseos é impulsos, esté el hombre á cubierto de toda necesidad. ¡Cuántos movimientos de que no es dueño tienen sus órganos! ¡Cuántas impresiones en los sentidos, cuántas sensaciones consiguientes á ellas, y cuántos pensamientos indeliberados no experimentamos á pesar de nosotros mismos! Nadie ignora tampoco que hay cosas agradables por sí mismas, á las que nos entregamos sin fuerza ni violencia, y en las que sin embargo no somos libres. El amor de nosotros mismos, el deseo de nuestra felicidad es ciertamente el mas conforme á nuestra voluntad, y es sin embargo el en que el hombre es menos libre. Bossuet al principio de su *Tratado sobre el libre albedrío* fija el sentido de la cuestion con las siguientes palabras: «La cuestion se reduce á saber si hay cosas que están de tal modo en nuestro poder y á nuestra eleccion, que podamos elejirlas ó no elejirlas.» De este modo la libertad consiste en la facultad de determinarse por su propia eleccion.

De esto tenemos pruebas de todas clases, pruebas directas tomadas del sentimiento de la razon y de la fé del género humano, y pruebas indirectas sacadas de los mismos absurdos del sentimiento contrario. Nuestro objeto es exponerlas, procurando al mismo tiempo rebatir las dificultades á medida que se vayan presentando. Si entre vosotros hubiese algunos que hayan entrado en este recinto prevenidos contra la libertad del alma confío que harán un noble uso de ella rindiéndose por un convencimiento profundo á las pruebas que la establecen.

Todo en efecto me dice que nuestra alma tiene la facultad de deliberar y obrar por eleccion; que es señora de sus determinaciones, y en una palabra, que es libre. Consultemos desde luego el sentimiento, ese testimonio interior que nos advierte de todo cuanto pasa en nosotros. Si queremos por un momento recojernos dentro de nosotros mismos descubriremos que nuestra alma se conoce, se vé, se siente á sí misma; que tiene un conocimiento seguro de sus pensamientos, de sus facultades y de sus operaciones; y que un sentimiento vivo y profundo, que no puede evitar, la advierte de su estado, de lo que experimenta, y en fin de lo que es: por consiguiente, á poco que cada uno de nosotros se escuche y se consulte á sí mismo, siente que es libre, así como siente que piensa y que existe. Sí, cada uno de nosotros siente clara y distintamente, á lo menos en una infinidad de circunstancias, que puede hablar ó callar, andar ó estar quieto, guardar un secreto ó revelar, socorrer á un indigente ó desatenderle, obrar ó no obrar, y si esta libertad fuese una ilusion, ¿cómo podria yo sentirla de este modo? ¿Podemos sentir lo que no existe, la nada, tan positivamente como lo que es real y efectivo?

Si queremos conocer á fondo esta libertad, hagamos la experiencia en una de las cosas indiferentes por sí mismas, y en la que ninguna razon ó motivo nos incline mas á una que á otra parte: por ejemplo, si yo me determino á levantar el brazo y á moverle, me es indiferente llevarla á derecha ó á izquierda, y puedo ejecutar ambos movimientos con igual facilidad. Moviéndole de este modo á mi arbitrio puedo muy bien experimentar el placer de usar de mi libertad; pero este es siempre el mismo, ya lleve mi brazo á un lado, ya le dirija al opuesto; y cuanto mas profunda y sériamente considero por qué le llevo, por ejemplo, á la derecha, tanto mas palpablemente conozco que es tan

mas palpablemente conozco que es tan solo porque mi voluntad me ha determinado á ello por su propia actividad, y por esa facultad de elegir que constituye su esencia. Soy ciertamente y de tal manera dueño de mis movimientos, que puedo anunciar los que haré, y comprometerme tambien á confirmar ó desmentir cuantas conjeturas se quieran hacer sobre ellos; y es tan positivo el poder que tengo de elegir, que si se conjeturase que en cierto momento debo levantar un brazo, no temeria comprometerme á tenerle inmóvil: y acaso bastaría que se me creyese obligado á hacer un movimiento determinado para que ejecutase el contrario. Sin duda es libre el hombre en cosas mucho mas importantes que en el movimiento de sus brazos; pero yo no necesito por ahora de mas ejemplo que este para hacer ver que el hombre no es una máquina, y para echar de este modo por tierra el fatalismo.

Tal vez se nos objetará que este sentimiento íntimo de nuestra libertad puede muy bien ser una ilusion, y que acaso seamos movidos por impulsos reales, aunque insensibles, y afectados como si fuésemos libres, aun cuando no lo seamos. Esto seria querer impugnar un hecho con una posibilidad, una realidad con una suposicion del todo imaginaria, y el sentimiento positivo de la libertad con una negacion arbitraria de este mismo sentimiento. Y cuando yo siento que tengo el poder de hablar ó callar; cuando tengo un sentimiento tan profundo y luminoso de mi libertad, como el de mi pensamiento y existencia, ¿se ha de querer mirar como una ilusion lo que yo siento de un modo tan claro y positivo? ¿Por qué no llamais igualmente quimérico el sentimiento de vuestra existencia? Con semejantes racionios todo se trastorna, y no queda medio alguno de distinguir el juicio de la locura, ni la mentira de la verdad. Por mas que me hablais de sentimiento interior, de conciencia, de conocimientos y de impresiones de verdad, yo os diré que todo eso puede ser ilusion. Si un dia quisiérais referirme, por ejemplo, que estando á las orillas del Sena en las inmediaciones de esta capital os sorprendió una tempestad furiosa, os replicaria que acaso todo eso no pasó mas que en vuestro cerebro y en vuestra imaginacion, y que no sería aquella la primera vez que los fantasmas han sido tenidos por realidades. Me replicaríais que estábais en vuestro sano juicio, y con todas vuestras facultades expeditas, y que habiais visto y sentido perfectamente

la lluvia que os mojaba por todas partes; mas yo os constataria que os habíais figurado sentirla, pero que no la sentiais realmente, y que estabais afectados como si el cielo estuviese lluvioso, no obstante que estaba sereno. Con tal mania de oponerse á todos nuestros sentimientos interiores mas claros y mas vivos, nos conducirian á dudar hasta de nuestros pensamientos y existencia, porque al cabo nosotros no sabemos que pensamos y existimos, sino porque nosotros mismos sentimos nuestro pensamiento y nuestra existencia.

Yo convengo en que hay algunos actos á los cuales nos arrastra una secreta necesidad; pero tambien sentimos esta perfectamente. Así es que el hombre se ama á sí mismo con un amor que sin duda le es en estrémo grato, pero necesario, porque no nos es posible dejarnos de amar. Podemos muy bien experimentar alguna vez deseo de viajar para instruirnos, así como experimentamos el de ser felices; pero con la diferencia de que ni aun se nos ocurrirá la idea de que podamos dejar de querer nuestra felicidad, cuando por el contrario sentimos claramente que podemos dejar de emprender un viáje: para este meditamos y nos consultamos á nosotros mismos, miéntras que jamás sujetamos á deliberacion si queremos ser felices ó no; lo cual demuestra, dice Bossuet con este motivo, que si nos sentimos necesariamente impelidos por nuestra naturaleza á desear ser felices, tambien nos sentimos libres en escoger los medios para serlo.

Harémos algunas reflexiones bien sencillas, y sin embargo muy embarazosas para esos charlatanes ingeniosos que quieren combatir con sus sofismas el sentimiento de nuestra libertad. Llamais ilusion, les dirémos, el sentimiento de mi libertad, y quereis combatirla con los argumentos de no sé que metafísica; pero advertid que todas vuestras razones serán inútiles para mí, si no llego á conocer su verdad. No puedo conocerla sino por el sentimiento de una luz interior que me anuncie su presencia; porque la verdad no lo es para mí sino por el sentimiento que tengo de ella. Y si no debo creer el sentimiento de mi conciencia que me dice que soy libre, ¿por qué razón quereis que crea el sentimiento de esa misma conciencia cuando me diga que teneis razon? Si no debo dar crédito al sentimiento de mi libertad, ¿por qué he de darle al de la verdad de vuestros racionios? ¿Creéis

que he de sentir mas claramente la fuerza de vuestras razones que mi misma libertad? Ya estais enredados en vuestros propios lazos; pero aun hay mas: me acusais de que cedo con demasiada facilidad á las apariencias, de que soy muy crédulo: quereis despreocuparme, y en consecuencia desplegais todo vuestro sistema del fatalismo; me le explicais en todas sus partes queriendo convencerme de la solidez de vuestras ideas, y de la debilidad de las mias: ¿pero no es esto mismo creerme capaz de examinar, de meditar mis ideas y las vuestras, de deliberar, de elegir; y en fin, de decirme á favor ó en contra de vuestra doctrina? ¿Y este poder es acaso otra cosa que el uso mismo de mi libertad? Ved pues como para probarme y convencerme de que no soy libre, os veis forzados á suponer que lo soy.

Esta última consideracion nos conduce á la segunda prueba tomada de la evidencia del raciocinio.

Es incontestable que la libertad es posible: todos los hombres tienen idea de ella, y todas las lenguas tienen voces y modos de hablar muy claros y precisos para explicarla. Todos distinguen lo que nos es posible, y lo que está sujeto á nuestra eleccion de lo que no lo está; y aun los que niegan la libertad no dicen que no entienden esta palabra, sino que no existe lo que se quiere significar por ella (1). ¿Pero por qué razon no ha de haber podido Dios dar al hombre la facultad de elejir entre diferentes objetos y determinarse por un impulso propio, personal é inherente á su naturaleza? Si Dios ha podido comunicarnos algo de su ser dándonos la existencia, alguna parte de su infinita inteligencia dándonos la razon, y algun tanto de su poder creador concediéndonos la facultad de crear en cierto modo tantas formas nuevas en la materia, y de inventar tantos modos de hermohear y perfeccionar la naturaleza misma; ¿por qué ha de haberle sido imposible hacernos participantes de su soberana libertad en el grado de subordinacion y de imperfeccion que conviene á la criatura? La razon misma ilustrada por la experiencia nos dice, que no hay ningun motivo determinante, ningun bien particular ni inclina-

---

(1) Bossuet; «Traité du libre arbitré,» chap. 11.

cion alguna natural que nos arrastre irresistiblemente; y que así podemos elegir por la accion misma de nuestro propio albedrío.

No hay duda que el hombre obra determinado por algun motivo, y por eso es inteligente y racional; pero ¿es irresistible este motivo? Hé aquí el punto decisivo de la cuestion. Si lo es, ¿por qué ántes de ceder á él reflexionamos y deliberamos? A nadie le ocurre sujetar á una deliberacion si ha de morir algun dia, ó si al abrir los ojos ha de ver la luz: en esto nos dejamos llevar del curso inevitable de las cosas; pero cuando se presentan razones para obrar ó no obrar, conocemos que debemos pensarlas, porque queremos obrar por eleccion.

¿Qué ceguedad hacer al hombre un ser puramente pasivo bajo del imperio de la necesidad, y querer explicar sus determinaciones, sus voluntades y elecciones por medio de impresiones mecánicas! ¿Qué relacion hay entre el acto de mi voluntad cuando escoje, y el choque de un cuerpo impelido por otro? No depende de las facultades del que ha sido impelido deliberar sobre el movimiento ó empuje que recibió, modificarle ó tomar una direccion opuesta á la que le ha sido dada: el alma por el contrario se recoje en sí misma, medita sobre las impresiones que experimenta, y desplega segun la acomoda su fuerza y actividad. Pónganse los dos platos de una balanza en un perfecto equilibrio, el peso que se eche en uno de ellos le hará bajar, sin que pueda resistirse á la fuerza que le arrastra, pues no está en su poder permanecér fijo como ántes, porque es meramente pasivo; pero no así nuestra alma que es activa, y obedece ó resiste segun su voluntad. Guardémonos de formar falsas ideas de los motivos que obran en nuestra alma, y no nos figuremos, engañados por nuestra imaginacion, que un *motivo* es como un cuerpo que carga con todo su peso sobre otro cuerpo. Un motivo es una idea, un sentimiento, una consideracion que se escita en el alma: es cierta cosa espiritual. Una razon para obrar no es la accion misma, y hay mucha distancía entre las luces del entendimiento y las decisiones de la voluntad. ¿Y cuántas veces por una contradiccion que patentiza nuestra libertad, seguimos en la práctica lo que desaprobamos en teoría?

Ahora conoceréis cuán fútil es la objecion de que proviniendo nuestras ideas de los sentidos, y nuestras determinaciones de nuestras ideas, todo viene á depender de la organizacion física. Yo responderé que no sucede lo mismo con respecto al alma, que es una sustancia activa y que delibera, que con respecto á un instrumento al tocar sus cuerdas; que despues que la accion de los nervios, músculos y fibras ha escitado en el alma los sensaciones y por medio de ellas las ideas, tiene ésta la facultad de compararlas, combinarlas y valuarlas; y que si bien por una parte es pasiva como un instrumento músico, si se quiere, es tambien activa por otra por su misma naturaleza. Lo que en este punto nos alucina es, que en muchas cosas se encuentra la necesidad al lado de la libertad; de lo que resulta que la confundimos por falta de reflexion: me explicaré. Los colores que veo, los sonidos que oigo, los olores que percibo, y las impresiones exteriores que reciben los órganos, escitan en mi alma ciertas sensaciones que no puedo evitar: en esto me siento forzado. Tampoco soy libre en no sentirme acosado de la hambre ó de la sed, penetrado de alegría ó de dolor, y ajitado de deseos; ni en dejar de experimentar ciertos movimientos indeliberados y pasajeros: pero pasa el momento de la necesidad, y empieza luego la libertad: la voluntad ejerce su imperio sobre estas mismas impresiones: es su soberana y no su esclava, así como los órganos son sus ministros y no sus señores; pues aunque puedan ser rebeldes, jamás su rebelion destruye la autoridad de aquella, sino que al contrario la supone. Sabemos distinguir debidamente las impresiones necesarias de todo aquello en que somos libres, y tambien ciertos actos indeliberados, de aquellos que están á nuestra propia eleccion. Así, el guerrero mas intrépido puede temblar involuntariamente al principio de una batalla; pero penetrado de lo que le mandan el honor y el deber, marcha hácia el enemigo con un valor premeditado. Así tambien á la mitad de un concierto agradable formais la intencion de oirle hasta el fin; pero si os acordais de alguna obligacion que teneis que cumplir, reflexionais, y al momento os decidís por eleccion á sacrificar el placer al deber. ¿Y quién no sabe discernir estas diversas afecciones, y distinguir en qué es libre, y en qué no lo es?

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NUMERO

317 VARIADITAS Los Dos Amigos Cuenta (Continuacion)

314 Alameda de S. S.

313 Pastoral del Sr. Obispo de Orense

312 REGION OFICIAL. Noticias de Orense

311 For Orense

310 El ejemplo por D.ña Antonia Diaz de Larrinaga

309 Zapata, Pío

308 POESIAS A Dios. Soneto por D. Francisco Rodriguez

307 Necesidad del poder temporal. (Continuacion) por D. Juan

306 timon negro — HAZON — por D. Juan Bautista Solis

305 Las Ciencias e idiomas de las universidades de Orense

304 Planeta por D. José María Guzmán

303 Discurso por el Sr. Obispo de Orense

CONDICIONES DE LA SUSCRICION

En Verdad Católica, se publica el día 8 de cada mes en precio anticipado

EN SEVILLA.

Por un mes ..... 4 rs.

Por un trimestre ..... 12

Por un año ..... 42

FUERA DE SEVILLA.

Año ..... 54

Semestre ..... 28

Trimestre ..... 15

EN EL TRAMAR.

Suscripcion por un año ..... 10 rs.

Número suelto, un escudo

La correspondencia sobre suscripciones y pedidos se dirigirá al Administrador de la Verdad Católica, Plaza de las Mercedarias, núm. 1.º; cuyo importe puede verificarse en libranza cas o sello del correo.

## INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NUMERO.

	pág.
<b>Dios</b> , por el Sr. Director D. Nicolas de Lora, Pro. . . . .	303
<b>Filantropia</b> , por D. José Maria Guerra, Pro. . . . .	313
<b>Las Creencias religiosas de los principales filósofos de los últimos siglos.—BACON.</b> — por D. Juan Bautista Solís, Pro. . . . .	323
<b>Necesidad del poder temporal</b> , (Continuacion.) por D. Agustín Sanchez Torres, Pro. . . . .	332
<b>POESIAS. A Dios</b> , Soneto, por D. Francisco Rodriguez Zapata, Pro. . . . .	349
<b>El ejemplo</b> , por Doña Antonia Diaz de Lamarque. . . . .	350
<b>Vox Christi</b> . . . . .	351
<b>SECCION OFICIAL.</b> Reales decretos. . . . .	354
Pastoral del Sr. Obispo de Orleans. . . . .	363
Alocucion de S. S. . . . .	374
<b>VARIEDADES.</b> Los Dos Amigos. Cuento. (Continuacion.) . . . . .	377

### CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

La **Verdad Católica**, se publica el dia 8 de cada mes.  
Su precio anticipado es

#### EN SEVILLA.

Por un mes.....	4 rls.
Por un semestre.....	22
Por un año.....	42

#### FUERA DE SEVILLA.

Trimestre.....	15
Semestre.....	28
Año.....	54

#### EN ULTRAMAR.

Número suelto, un escudo.....	(10 rs.)
Suscripción por un año.....	6 ps. fs.

La correspondencia sobre suscripciones y pedidos se dirigirá al Administrador de la **Verdad Católica**, Plaza de las Mercenarias, núm. 1.º; cuyo importe puede verificarse en libranzas ó sellos del correo.